ADAN WOLF

MARGOT

La niña inválida

(NOVELA)

JUNTA BAUTISTA DE PUBLICACIONES
BUENOS AIRES

MARGOT,
LA NIÑA INVÁLIDA

MARGOT,
LA NIÑA INVÁLIDA

(NOVELA)

Por
Adán Wolf

JUNTA BAUTISTA DE PUBLICACIONES
BUENOS AIRES

CAPITULO I

—Mañana cumplirás ochenta años, abuelito . . . Estaremos de fiesta.

—Es verdad, nieta. Ochenta años de vida, dura y amarga, de trabajos y zozobras.

—Debes estar contento, abuelito, porque has alcanzado una edad bíblica: "Los días de nuestra edad son setenta años, que si en los más robustos son ochenta años . . ."

—Eres un ángel, Margot. Pero para mí todos los días son iguales. Y el que estemos de fiesta mañana no será posible. A las seis de la mañana debo estar en mi puesto de trabajo, y no regresaré hasta la noche. Además carecemos de dinero para hacer fiesta, de modo que no veo cómo hacerla.

—Ya verás, abuelito. Habrá flores en la mesa, pan blandito y fresco, sandwiches de jamón, puré y leche. Además, encargué una torta de coco para ti, de esas que tanto te gustan, y que, decías, solía hacer abuelita antes, cuando cumplías años. Pondré diez velitas de distintos colores, y cada una significará ocho años. También pienso cantarte un corito.

La emoción no dejó hablar al anciano por un momento, y sus párpados se humedecieron.

—¿De dónde vas a sacar dinero para hacer todos esos gastos?

—No te aflijas, abuelito. En la última semana he lavado

más ropa que de costumbre, y pude ahorrar varios pesos para ese fin. Además, venía guardando desde hace quince días los diez centavos que me dejabas para el medio litro de leche. Según mis cálculos va alcanzar.

Así hablaban Margot y su abuelo después que hubieron tomado su frugal cena en aquella noche. Luego la niña se levantó y trajo la vieja Biblia que estaba sobre el descolorido trinchante. El viejo la abrió con manos temblorosas, y Margot le acercaba más la lámpara de bronce con su escasa luz. Después que la hubo hojeado por un momento, comenzó a leer trabajosamente y con voz trémula, el Salmo noventa. Terminada la lectura, los dos oraron. Dieron gracias al buen Padre celestial por haberles permitido vivir aquel día, y se encomendaron a su cuidado y protección durante la noche.

De este modo cerraron la página de ese día, el octogenario Waldorf, y Margot, su nieta, de escasos quince años. Ambos se dispusieron a descansar, en sus respectivas camas, separadas por un viejo pero limpio biombo.

Ya habían apagado la lámpara, y desde sus respectivos lechos se habían repetido las "Buenas noches", cuando Margot habló nuevamente:

—Había pensado hacerte un regalo, abuelito, pero no me alcanza el dinero. Tampoco quisiera que falte nada de lo que te prometí para la cena de mañana, y que sé tanto te gusta. Pero te voy a dar otro regalo muy original, que me vas a prometer que aceptarás.

—¿Se puede saber qué regalo es?

—Te quiero dar un beso por cada año, ochenta en total.

El anciano apenas pudo reprimir el llanto.

Al poco rato los dos dormían profundamente.

. . . . . .

Tocaban las cinco de la mañana. El viejo Waldorf comenzaba a levantarse con la lentitud propia a su edad. Encendió la lámpara sobre la mesa. Vistióse, y prendió el calentador para preparar su desayuno. Comió. El reloj marcaba las cinco y media. Era la hora de salir. Se acercó al lecho de Margot con la lámpara en la mano. La niña dormía plácidamente. ¿La despertaría? ¿Con qué fin? Nunca la despertaba temprano. Trabajaba tanto la pobre... Miró de nuevo el amado rostro, dejó la lámpara en su lugar, tomó su cesto con los escasos alimentos para el día, apagó la luz, y salió a tientas de la pieza.

La mañana estaba impregnada de penetrante humedad. Por la calle desierta y fría el anciano se encaminaba con sus ochenta años a cuestas en dirección al taller, pensando en su destartalada banqueta de zapatero remendón.

CAPITULO II

Eran las siete de la mañana. Las sirenas dejaban oír su lejano aullido a través de la semi oscuridad de la mañana gris. Los obreros apresuraban el paso en dirección a las fábricas. Los tranvías dejaban oír su "talán", "talán", en las bocacalles abarrotadas de tráfico, mientras que los monstruosos ómnibus frenaban chirriantes en las esquinas. Era la hora del obrero, del empleado, del oficinista, de la ama de casa con su bolso infaltable, de la sirvienta mal dormida. Los "canillitas" vociferaban con su voz estridente los matutinos, y los vendedores ambulantes ensayaban los primeros "gorjeos" anunciando su mercadería.

Un viejo y claudicante ómnibus, atestado de obreros y empleados, dirigía su descolorida y tosca silueta en dirección a Barracas. El escape bramaba una sinfonía hueca y ensordecedora, y el humo blanquecino envolvía a los que iban "colgados" en los estribos.

Junto a una ventanilla estaba sentado un caballero. Iba absorto, leyendo en las páginas de un diminuto libro. Parecía que la lectura lo fascinaba, tanta era su reconcentración. Sólo de vez en vez levantaba la vista aunque furtivamente, para cerciorarse a qué altura de la numeración se encontraba. Su traje tenía un aliño impecable. Su cuerpo era todo pulcritud, elegancia, dignidad. Su rostro de cuarentón bien conservado denotaba bondad y simpatía sumas al primer

golpe de vista. Parecía muy guapo. Tenía regular estatura y proporcionadas formas. Sus cabellos abundosos dejaban al descubierto una frente amplia, que denotaba una singular franqueza. El óvalo de su cara, afeitada impecablemente y perfecta, ofrecía una nariz recta, justa, simétrica, y sus ojos sombreados por bonitas cejas de color castaño. Sus mejillas eran apenas sonrosadas, y sus labios frescos dejaban entrever una dentadura sana y fuerte. Todas sus facciones revelaban un estado de alma tranquilo, sereno, reposado.

Llegado que hubo a su destino bajóse en una esquina de tráfico intenso, y en el momento preciso en que se disponía a cruzar la calle, atestada de vehículos, vió cómo una jovenzuela se le adelantó para alcanzar a un ómnibus que arrancaba con estertor en ese preciso instante. Llevaba ella un canastito con dos panecillos, y, aunque alcanzó a treparse del estribo, la mano que sostenía el canasto no pudo ayudar a la otra para sostenerse, razón por la cual perdió el equilibrio y cayó sobre el pavimento. Cuando se incorporaba con el canasto en la mano, un enorme camión tanque, que transportaba petróleo, y que venía a regular velocidad, la embistió por las espaldas y la arrojó de nuevo contra la dura calzada. Entre el chirrido de los frenos y el roncar de los motores sólo se alcanzó a percibir un débil y apagado ¡ay! El camión frenó a unos quince metros, y tras de él quedó un cuerpo arrollado, inmóvil, con una mano extendida sobre el pavimento, y el terror pintado en el rostro.

De inmediato hubo aglomeración, preguntas, respuestas, expresiones de pesar. El agente de la próxima esquina se abrió paso entre la abigarrada multitud, observó detalladamente lo ocurrido, tomó los datos del caso y llamó la ambulancia. El viajero lector se le acercó, en tanto, dióle una tarjeta, y

dijo: "Por si puedo ser útil a la accidentada o a su familia".

En contados minutos llegaba la ambulancia haciendo sonar su aulladora sirena pidiendo vía libre. En un abrir y cerrar de ojos recogió su triste carga y partió con la velocidad del rayo.

En el lugar del accidente se reanimó el intenso tráfico de vehículos y "peatones", y en contados minutos se disiparon hasta los últimos comentarios del suceso.

En toda aquella mañana, y parte de la tarde, Margot no había recobrado el conocimiento, pese al particular interés y ejemplar dedicación del joven médico de la sala. En los escasos tres meses que estaba al frente del pabellón, y en sus nueve de doctorado, el simpático facultativo no había tenido un caso que despertara tanto su interés. ¿Cuál era el motivo? ¿No había prestado los primeros auxilios y socorrido un sinnúmero de accidentados y enfermos? ¿No estaba acostumbrado al dolor físico en que se debatían muchos de sus enfermos? ¿Acaso sus sentimientos no estaban galvanizados, y los ayes de los moribundos no sacudían ya las fibras de su sensibilidad? Todo esto era verdad. Pero esta víctima lo atraía de una manera extraña, casi sobrenatural. No podía precisar la razón, pero el misterio de la simpatía hacia ella se manifestó al primer golpe de vista. Y sin manifestarlo se propuso dedicarle especialísima atención. El rostro de la niña revelaba una dulcísima serenidad interior. Ni un solo lamento profirieron sus labios, ni una sola mueca de dolor se reflejó en su rostro. Quizás haya sido esa plácida sonrisa, apenas perceptible, que flotaba sobre sus labios entreabiertos lo que había cautivado su simpatía.

La tarde declinaba lentamente, y los dorados rayos del sol otoñal bañaban de oro los techos de las casas, mientras las

sombras avanzadas envolvían y penetraban en los pabellones del hospital. El doctor del Río volvió a la sala antes de abandonar el establecimiento aquel día, para cerciorarse del estado de la niña accidentada.

Al llegar junto a su cama notó que sus labios se movían. Balbuceaban algo ininteligible, que sus oídos no alcanzaban a percibir. Al inclinarse sobre ella advirtió que su respiración era menos irregular. Cuando le tomó el pulso notó que el corazón funcionaba normalmente. Estuvo a punto de ordenar la aplicación de un nuevo alcanforado, cuando una señora de una cama contigua manifestó haberla oído hablar hacía unos instantes, pero no sabía si estaba delirando, porque dijo: "¡Abuelito!, ¡Abuelito! ¿Por qué no vienes? ¿Por qué no le avisas a la señorita Stella Eunice?" Pero, agregó, después no la oí más.

Nuevamente comenzó el doctor del Río a examinar a su paciente. Al medirle la fiebre la niña abrió sus dos grandes ojos, en cuya mirada había ansiedad y angustia.

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? ¿Qué hicieron conmigo? ¿Por qué no viene abuelito?

—Tranquilízate, hija, que estás a mi cuidado aquí para sanarte. Pronto vendrá tu abuelito. Pero quédate tranquila.

Al escuchar la voz paternal del doctor, Margot se serenó, aunque poco. Había despertado de los efectos de una terrible conmoción cerebral, y en el acto comprendió toda la verdad de lo ocurrido. Como única manifestación de pesar, pese a su esfuerzo por contenerlas, rodaron por sus mejillas dos grandes lágrimas que adornaban cual perlas, su hermosas pupilas negras.

La caricia de la suave mano del médico sobre su frente afiebrada le devolvió toda la calma. No necesitaba más. ¡Qué

había de necesitarlo, si su vida toda entera era de trabajos, sufrimientos, privaciones! ¿Cuándo un extraño le había hecho sentir una sola caricia? ¿No habían sido sus escasos quince años una serie ininterrumpida de días penosos, inciertos, en que luchaba desde la mañana hasta la noche para conseguir lo más indispensable para vivir ella y su anciano abuelo?

Margot no había conocido el cariño de una madre, y ni siquiera conocía la dicha de vivir los días venturosos de su inocente niñez, ya que a los ocho años tenía que trabajar para ganarse el pan, entre gente extraña, empujada de aquí para allá, sin rumbo fijo, recibiendo insultos, humillaciones, castigos. Primero fué niñera, después mucama, y desde el año anterior hasta pocas semanas antes, hacía ya todos los trabajos domésticos. Había servido en muchas y muy diversas casas, en las que la variedad de costumbres y los modos de las patronas eran como el día y la noche. Pero, todas, invariablemente, eran iguales en exigir de ella el máximo de rendimiento en el trabajo por el mínimo de compensación.

Recibía órdenes, órdenes, y más órdenes, desde la mañana hasta entrada la noche.

—¡Margot, las pantuflas de mi marido que están en el baño!

—¡Margot, el Toddy para "Chelita"! ¡Corre por mis enaguas, de paso trae el agua caliente, y no olvides la crema y el lápiz labial que están sobre la repisa del baño!

—Margot, ¿no has visto mi media del pie derecho? No está en el zapato blanco...

—Margot, ¿no viste mi corpiño celeste que compré la semana pasada?

Y así la voluminosa patrona estaba sentada frente al

"toilette", haciendo enormes esfuerzos para dar molde y forma a su abultado cuerpo, sin descuidar, por eso, algunas pinceladas en su rostro mantecoso para aparecer "bonita".

¡Pobre Margot! Toda su niñez se estaba consumiendo bajo el rigor del trabajo. Fregaba pisos, lavaba, planchaba, cuidaba de la leche en el fuego, iba y venía con las prendas desparramadas de la señora cuando ésta se vestía, ordenaba la casa, servía de todo y para todo, corría a todas partes, en todas direcciones, y hacía ingentes esfuerzos para atender a todos los caprichos de la antojadiza señora. Con el correr del tiempo se había hecho todo oído, toda acción, toda carrera. Corría siempre, desde la mañana hasta la noche, y nunca le daban una hora de reposo, ni oía una palabra de estímulo, ni sentía el roce de una mano amiga que le acariciara la mejilla.

En la última casa en que había servido el trabajo debía ser menos penoso. Había cocinera. Era gente de posición, y ella ganaba más. El señor era gerente de un establecimiento bancario, y debido al horario de invierno no regresaba hasta la noche. La señora era toda una dama: elegante, culta, de modales refinados. Hablaba por teléfono a toda hora, y varias veces en el día salía en coche, cuyo volante dirigía con manos enguantadas. No era gritona, ni importunaba mayormente. Solía decirle: "Niña".

El hijo, un mancebillo imberbe, que frisaba en los diez y siete años, tenía la manía de creerse importante. Se pasaba largos ratos mirándose en el espejo para ver si le salían los bigotes. Quería ser galán de cine, y solía tomar lecciones al respecto. Era flaco como un escarbadientes y horriblemente antipático, pese a sus esfuerzos por aparentar lo contrario.

Los primeros cinco días fueron relativamente buenos para Margot, y a pesar de las bromas y chistes sosos del engreído futuro galán, comenzó a sentirse más a gusto que en otras partes. Tenía tiempo para leer su libro amado, y de vez en vez se le oía tararear alguna canción.

Pero una tarde, mientras Margot zurcía algunas medias de su pertenencia, regresó el lampiño galán. La señora estaba ausente cumpliendo con uno de sus infinitos compromisos sociales, y la cocinera no había venido aún. Abstraída e inclinada sobre su trabajo, ajena a lo que estaba por acontecer, la niña se presentaba sencilla, pero hermosa. Fué entonces que el audaz jovenzuelo se le acercó. Reinaba silencio en el amplio comedor, rico en finos adornos y moblaje de gran calidad.

—Margot, desde que llegaste a esta casa, no puedo dormir.

—¿Se siente enfermo?

—Sí... de amor... por ti. Y su mirada adquirió un aspecto agónico.

Margot se desconcertó, y un ligero temblor le corrió por todo el cuerpo. Su instinto de defensa propia le aconsejó tomar una actitud de prudencia. No habló palabra.

Miguelito reiteró sus protestas de amor acompañadas de fantásticas promesas para el futuro, que revelaban a las claras sus bajas y ruines intenciones. Avanzó unos pasos y su voz desfallecía.

Margot retrocedía en busca de un refugio, tierna como avecilla enjaulada. Pero quedó acorralada.

—¡Ni ahora, ni después, ni nunca!, exclamó con increíble energía, y con un magnífico salto se puso a distancia del improvisado Tenorio.

En vista de que éste avanzaba hacia ella, e insistía en

sus requerimientos, le marcó los cinco dedos de su mano derecha en la incolora mejilla.

Ciego de ira por la soberbia cachetada, se lanzó sobre Margot. Hubo forcejeos, rasguños, tiradas de pelo hasta que el insolente galán se retiró derrotado por la firme actitud de Margot que se defendió como una heroína.

Dos horas más tarde, y después de haber explicado todo lo sucedido a su ama, Margot se alejaba para siempre de aquella casa.

De esto hacía ya varias semanas, pero la tragedia volvió a pintarse en el recuerdo de Margot. Y ahora una nueva desgracia envuelve su vida: está postrada en un hospital. Y mientras el médico la examina, su mente divaga por todos los tristes caminos de su azaroso pasado.

A medida que iba haciendo sus observaciones, el rostro del doctor se tornaba cada vez más grave, especialmente cuando la enferma comenzó a quejarse de un excesivo cansancio.

—No puedo mover las piernas, advirtió con voz angustiada.

—Calma. Nada más que calma, observó el médico, con tono paternal y tranquilo.

Después de un minucioso examen, el doctor del Río abandonó la sala en compañía de la enfermera. En la antesala se detuvo con evidentes muestras de profunda preocupación.

—¿Algo grave, doctor?

—Temo una parálisis total en las extremidades inferiores.

—¡Oh!... ¡paralítica!... ¡Pobre Niña!

—Temo no equivocarme. Aunque admito que no padecerá mucho tiempo debido a su extrema debilidad. Parece haber sufrido mucho en sus escasos años de vida. Procure obe-

decer puntualmente mis indicaciones, especialmente en lo que toca a los medicamentos, y no le diga la gravedad del caso. No es bueno que se entere, por el momento, a lo menos. Mientras tanto, esperemos a ver cómo amanece. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana, doctor!

La "nurse" volvió a la sala para cumplir con las últimas obligaciones del día. Al pasar frente a la cama de Margot ésta la llamó a su lado.

—¡Qué le dijo el doctor, señorita?

—Nada en particular. Me ordenó ser puntual en los medicamentos, y cuidarte con especial cariño.

—Pero su rostro parecía preocupado. Debe haber dicho algo más. No tema decirme la verdad, soy bastante valiente para recibir y soportar cualquiera noticia.

—No te preocupes, querida. Procura no inquietarte y reposa. En cuanto despiertes te sentirás mucho mejor. Toma ahora este vaso de leche que te reconfortará.

—Igual sabré la verdad, protestó la enferma.

Luego que hubo tomado la leche, la "nurse" colocó suavemente la cabecita afiebrada en la almohada, cubrióla solícita con las frazadas y se despidió hasta el día siguiente.

Margot paseó su triste mirada por el inmenso vacío de la sala, para caer, finalmente, en profundo sueño.

CAPITULO III

Eran las siete de la tarde. El viejo Waldorf doblaba trabajosamente la esquina, y desandaba la última cuadra en dirección a la enorme casa de inquilinato, donde esperaba encontrar a Margot, que todas las noches salía a recibirlo. Pero no la vió allí.

—Alguna sorpresa, se dijo el pobre anciano, completamente ajeno a lo que había de esperarle. Y cuando sus temblorosas manos abrieron la pesada puerta de hierro del viejo caserón, casi le desfallecía el ánimo, tanto era su emoción.

"Piricho" y "El Taita", el hijo de la administradora y de una inquilina, estaban dirimiendo supremacía en un lance caballeresco sobre el embaldosado del amplio patio. Era una cuestión de bolitas. Un inmenso grupo de pibes festejaba la gresca, y animaba a uno y a otro combatiente con gritos, saltos y gesticulaciones. Era tal el alboroto que produjo la trenzada aquella que llamó la atención de la encargada del inquilinato, mujer extraordinariamente voluminosa, cuya sola presencia infundía terror a los rapaces, quienes al grito de "¡viene doña Filomena!" se desbandaban en vertiginosa carrera como ratas que buscan su cueva cuando son sorprendidas por la luz de un farol.

—Mire, Don Waldorf, esos granujas meten semejante escándalo en esta casa, que es todo respeto y seriedad. To-

dos los días debo intervenir en sus grescas, y a pesar de haberles marcado las piernas a latigazos no se corrigen. ¡Son unos granujas, bochincheros, unos zafados, que no respetan! Luego, cambiando de tomo:

—A todo esto, ¿sabe que su Margot salió esta mañana temprano y no ha regresado?

—¡Salió Margot, y no ha regresado?

—Tal como le digo, Don Waldorf. Y lo extraño del caso es que vino un agente, el de las tres cuadras, que la conoce, y preguntó por usted. Yo le dije que no regresaría hasta las siete de la noche, y me dijo que volvería a esa hora para verlo. De ninguna manera me quiso decir el motivo.

—¡Hubo un accidente allí esta mañana!, terció "El Taita" desde su puerta, sacando la cabeza con su pelo de alambre todo desgreñado, y el rostro encendido por la reciente sopapeada.

—¡Un accidente!, exclamó el anciano, con voz quebrantada por la emoción.

—¡Dios mío!, exclamó Doña Filomena. ¡Ese niño es un embustero! ¡No le crea, Don Waldorf!

—¡Usted es una embustera!, refutó enérgico el rapaz. Unos canillitas vieron y me contaron que la ambulancia se llevó el cadáver.

—¡Santo Dios! ¡Pobre Margot!, gimió el anciano.

—¡Ese diablo miente!, chilló la descomunal mujer. Debe haberse quedado en alguna casa trabajando.

El anciano se encaminó trabajosamente a su cuarto, seguido de la regente del inquilinato. Efectivamente, el cuarto estaba cerrado con llave. Miró por el ojo de la cerradura, pero no vió luz. El golpe fué tremendo. Inclinó su encanecida cabeza, mientras sus manos sostenían el manchado sombrero.

—Yo tengo otra llave de esta puerta, Don Waldorf. Voy a buscarla para abrir. Y Doña Filomena corrió, volviendo en contados momentos con un enredado manojo de llaves. Mientras tanto se iba formando una regular congregación de curiosos en torno al atribulado anciano. Doña Filomena probaba una llave tras otra. La operación llevaba tiempo.

—¡Ahí viene un agente!, dijo uno del grupo.

—¡La policía!, gritaron los pibes todos a una, y se escabulleron ruidosamente en sus respectivas puertas.

Doña Filomena quedó sola con el anciano. Por fin encontró la llave. Abrió, entró y encendió la lámpara. El viejo Waldorf también entró, y se sentó penosamente. En eso llegó el agente.

—¡Buenas noches!

—¡Ah! ¿Es usted, agente? Busca a Don Waldorf, ¿verdad? ¡El pobre! Acaba de regresar de su trabajo. Aquí está, puede hablarle no más. Y hecho todo oídos, aquel barril humano retrocedió unos pasos, y se colocó en actitud de no perder palabra.

—¿Usted es el abuelo de Margot, de Margot Waldorf?

—¡Sí, yo soy!...

—¡Pobre Margot!... La atropelló un camión esta mañana...

—¡Dios mío!, ¡qué desgracia!, irrumpió doña Filomena.

El anciano se tomó la cabeza con las dos manos.

—Yo mismo la levanté del pavimento. Está en el hospital del distrito. Acabo de hablar por teléfono. Recobró el conocimiento, y ahora duerme.

El anciano miró al agente, y hubo un brillo de esperanza en su triste mirada.

—¡Pobre Margot! La conocía bien. Solía darme unos papelitos que hablaban de Dios y la salvación del alma, y me decía que fuera a las reuniones que indicaba el sello. Era juiciosa, y su porte era distinto del de las demás muchachas de su edad. Espero, sin embargo, que no sea excesivamente grave el golpe, y hago votos por su pronto restablecimiento.

—¿Así que no ha muerto?, preguntó doña Filomena.

—No, ni pensemos que tal acontezca.

—¡Gracias al cielo! Y agregó con voz de triunfo: ¿No le dije, Don Waldorf, que "El Taita" era un mentiroso?

El agente quiso entregar al anciano la tarjeta que le ofreciera aquel señor en el lugar del accidente. Pero el noble anciano, aunque agradeció, rehusó recibirla, diciendo que su buen Padre celestial supliría todas sus necesidades.

En vista de su negativa, y después de haber reiterado sus ofrecimientos de ayuda, el agente Otello se despidió amablemente del afligido anciano, aunque no sin antes consolarlo e infundirle aliento. Doña Filomena también hizo su parte para animarlo diciendo que ella se encargaría de darle la cena, lavarle la ropa, limpiarle el cuarto, amén de muchas promesas más.

—Total, con agregar unas papas, fideos y agua al guiso, habrá un plato más para un prójimo necesitado. Ya que hacemos treinta, hagamos treinta y uno. Lo mismo da.

Y allá corrió para cumplir su cometido.

Al quedar solo el pobre viejo apoyó su encanecida cabeza sobre su antebrazo, y sentado ante la mesa dió libre curso al amargo llanto que agobiaba su triste pecho. ¡Pobre

anciano! ¡Cuán lejos estaba de pensar en semejante desdicha! El, que se había alegrado todo el día pensando en su regreso, en la cena, el obsequio de Margot, que era su sol, su alegría, su cielo sobre esta tierra, y ahora era todo tan distinto en el cuarto... Nada hubo de lo que esperaba encontrar, agua en la palangana, toalla, jabón, ropa limpia, la mesa puesta y adornada con flores, y la dulce y querida presencia de su nieta. Todo era oscuro en su mente. No comprendía, no podía comprender. ¿Por qué esa desgracia? ¿Acaso el Padre celestial había ocultado su rostro, abandonándolo? Sentía un vacío tan grande en su vida... semejante a la noche en la soledad inmensa de un desierto ilímite. Ser anciano y sentirse solo en el mundo, ¡qué infinito vacío produce en el alma!

Sumido en profundas cavilaciones estaba el abuelo, cuando apareció de nuevo la enorme silueta de la generosa Doña Filomena, con un vaporoso plato de guiso de lentejas que despedía rico olor, en una mano, y un regular pedazo de pan en la otra.

—Aquí le traigo qué comer, vecino. Comida de pobre, pero sabrosa y fuerte.

Y mientras colocaba el plato frente al anciano se interpuso entre la lámpara que pestañeaba sobre el viejo trinchante y Waldorf, dejando completamente a oscuras el cuarto.

—Sírvase, no más, en el nombre de Dios, y tenga usted buen provecho. Yo le haría compañía, pero ya es la hora en que regresa mi maridito, ¡el pobre ha de llegar muy cansado! Además, está el novio de Rosetta, y no cuadra a gente decente como nosotros dejar a solas a dos jóvenes. ¿No le parece? No es por desconfianza, ¿sabe?, sino por el qué dirá

la gente. Bueno me voy, luego voy a mandar a buscar el plato con "Piricho".

El anciano agradeció expresivamente esta muestra de caridad.

Waldorf gustó apenas el guiso. No podía comer. Faltaba la alegre compañía de Margot. Era la hora de la tertulia, de la familia, de las preguntas y respuestas. Eran los momentos del ejercicio de la amistad, entre él, un anciano de ochenta años, y su nieta, una niña de quince años. Para ellos era la hora más hermosa del día, y ¿cómo había de sentir deseos de comer si Margot estaba postrada en un hospital sufriendo quién sabe qué crueles dolores, y él se hallaba solo, sin poderla ver, sin oír su voz, sin hablarle siquiera?

Sin voluntad para moverse, estiró su tembloroso brazo para tomar la Biblia del trinchante, abrióla, y sus ojos cayeron sobre este párrafo: "No se turbe vuestro corazón: creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay: de otra manera os lo hubiera dicho; voy pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os aparejare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy vosotros también estéis." Leído que hubo este pasaje se sintió algo reconfortado. Inclinó su cabeza, cerró los ojos, y oró: "Padre celestial, el dolor del cuerpo de mi querida Margot, y el pesar de mi pobre corazón es la única ofrenda que te puedo presentar esta noche. Todo lo que Tú haces merece nuestra gratitud, pero si sanaras a Margot te estaría doblemente agradecido. Empero, no se haga mi voluntad, sino la tuya. La encomiendo en tus manos, y a mí mismo. Por amor de Jesús, tu Hijo amado."

Terminado que hubo de orar se enjugó una lágrima con la rotosa manga de la camisa, se levantó trabajosamente de la mesa y fué a la cama para dar reposo a su rendido cuerpo.

Sumido en un mar de pensamientos, pasando de cavilación en cavilación, transcurrió aquella noche de insomnio y de soledad para Waldorf.

CAPITULO IV

Era de mañana. El sol reflejaba su fresca luz otoñal sobre los tejados y frontispicios de las casas. El rocío que se había tendido sobre los techos caía por las canaletas, gota a gota, produciendo una música monótona y sorda. Era una mañana vaporosa, saturada de humedad, del mes de abril.

En el hospital había cobrado animado ritmo la actividad normal de la hora. Enfermos que venían, enfermos que iban. Y entre la abigarrada multitud de hombres, mujeres y niños, surgía, de vez en vez, la silueta ágil, graciosa, inmaculadamente blanca, de alguna enfermera, que desaparecía tan presto como apareciera. Era el lugar en que se daban cita el dolor y la angustia, y quién sabe qué infinitas tragedias de la vida humana. Se veían hombres rebosantes de salud, apoyados sobre una, y a veces dos muletas; mujeres de enjutos pechos con terribles accesos de tos; niños de rostros escuálidos, anémicos, con el mirar sombrío, apagado, sin brillo, carentes de voluntad para vivir los días venturosos de la infancia feliz. Todos habían venido para unirse a esa enorme procesión de miserias humanas, esperanzados, tal vez, en el milagro de la salud restaurada.

Entre esta triste caravana que desfilaba con su dolor, se hallaba Waldorf, cuyo dolor no era físico, externo, corporal, sino interior, del corazón, moral. Esperaba ver y saber el estado de su nieta.

—¿Me la dejarán ver? ¿Quién me informará al respecto? ¿Tendré que esperar mucho? Tales eran las preguntas que el atribulado anciano se hacía a sí propio, cuando vió surgir, de repente, una ágil muchacha, toda vestida de blanco, y que le pareció algo más que una simple enfermera.

—Usted perdone, señorita. Pero quizás podría informarme de una niña que fué internada aquí ayer, a causa de un accidente. Sé que no es hora de visita, pero querría cercionarme personalmente de su estado. Soy su abuelo.

—Venga conmigo, a la sala número 7. ¿No será Margot Waldorf?

—Sí, Margot Waldorf, repitió el anciano. Ella misma. Es mi única nieta.

Y los dos iban hacia el pabellón Nº 7, la "nurse" sujetando el paso, y el anciano apresurándolo.

—Espere un momento, abuelo. Voy a ver si está en el pabellón o en la sala de operaciones.

El anciano se sentó en la antesala y vió cómo se perdía entre las interminables filas de camas blancas la garba silueta de la buena mujer.

Margot ya no estaba en su cama. La habían llevado a la sala de cirugía. Y allá se fué la "nurse" Lind.

El doctor del Río, rodeado de tres ayudantes y algunas enfermeras, terminaba de amputar una pierna toda gangrenada de una anciana que aún dormía bajo los efectos del cloroformo.

En un rincón, recién traída, y sobre una camilla, yacía la pobre Margot, esperando su turno.

—¡El otro caso!, anunció el doctor del Río. Dos ágiles enfermeras colocaron cuidadosamente a Margot sobre la mesa, delante del joven facultativo.

—¡Ah! ¿Eres tú, la niña valiente, que se internó ayer? Vamos a ver, ¿cómo te sientes hoy?

—He dormido casi toda la noche, doctor, y no tengo ningún dolor fuerte. Sólo me siento muy cansada, como molida.

—¿Puedes mover las piernas?

—No, doctor. Siento como si hubiera perdido las piernas.

—Explícate.

—No sé cómo decirlo, pero parece como si mis piernas estuvieran en alguna otra parte.

El doctor comenzó a golpear con la yema de sus dedos las piernas de la niña, desde los pies hasta las rodillas y los muslos.

—¿Sientes algo?

—Nada, doctor.

Repitió la misma práctica, pero más fuerte, esta vez.

—¿Sientes?

—No siento nada. ¿Qué quiere que sienta? Y al decirlo se le hizo un nudo en la garganta, que ahogó su voz, y no dió salida al sollozo. Su pecho se agitó violentamente, mientras con sus manos cubría su entristecido rostro.

El facultativo le examinaba ahora cuidadosamente la espina dorsal. A la altura de los riñones presentaba un fuerte magullón, provocado, sin duda, por la embestida.

—¿Te duele la cintura?

—Regular. Cuando me despertaba y cada vez que me movía, sentía dolores más agudos. Pero no es tanto.

—¿No sientes dolores en ninguna otra parte del cuerpo?

—No. En ninguna otra parte.

—Habrá que sacar una radiografía y también hay que

proceder a un análisis de sangre. Todo tendrá que estar listo para mañana.

Y mientras que las enfermeras se disponían a llevar a Margot a la sala, el doctor del Río le pasó la mano por la frente, animándola con ese gesto de cariño. Las mejillas de Margot adquirieron un tinte de carmín.

Antes que el joven médico se aprestara para intervenir en el caso siguiente, la "nurse" Lind se le acercó para preguntarle sobre si sería conveniente o no dejar que el abuelo de Margot Waldorf la visitara un momento.

—Está muy apenado el anciano, dijo, y en viéndola quizás la reanime también a ella.

—Puede verla, contestó, inclusive habrá que prepararla para darle la noticia de la parálisis total de las extremidades inferiores de la niña.

Cuando Margot estuvo reposando en su blanca cama, la "nurse" Lind invitó al anciano Waldorf a entrar. Temblo-roso y emocionado el anciano siguió a la gentil figura de mujer que lo precedía atravesando una sala entre dos filas de innumerables camas blancas, ocupadas todas ellas con sus tristes cargas cuyas miradas curiosas se fijaban en él, al pasar, y lo llenaban de confusión. En el extremo mismo de la sala se detuvo la señorita Lind, al pie de una cama. Era la de Margot. Imposible describir la escena que se produjo entonces. Un rostro encanecido, inclinado sobre una niña enferma, inmóvil, sollozando, y ésta animando y acariciándolo con la ternura propia de una hija. Era un momento capaz de conmover al más duro de los corazones. La señorita Lind, acostumbrada a tales escenas, no pudo, sin embargo, resistir ésta, y se volvió con lágrimas en los ojos.

Cuando hubieron desahogado sus pechos y serenado su espíritu, se sucedieron las preguntas y las respuestas.

—Por lo que puedo colegir del rostro del doctor, debo estar grave. Presiento una mala noticia. Además, no puedo mover las piernas. No sé qué será, nuestro buen Pabre celestial sabe lo que hará de esta humilde e insignificante sierva. Estoy en sus manos, y me gozo en pensar que aún así se hará su voluntad en mí. ¡Oh, si tan sólo pudiera glorificarle en mi enfermedad!

De este modo, conversando, estuvieron más de una hora, el anciano sentado frente a la cama, pasando, de vez en vez, la mano por la frente de su nieta amada.

Cuando apareció la "nurse" para aconsejar el reposo de Margot, aquella hora había parecido escasos minutos para ellos. Felices, sin embargo, de haber estado juntos, se despidieron tiernamente. Margot acompañó con su mirada al anciano hasta que lo perdió de vista en la antesala.

El aire fresco de la mañana reanimó al anciano, que sentía una extraña calma en su pecho, pese a la desgracia que le había sobrevenido. Hasta su paso se había reanimado, y su cuerpo recobró un poco más de agilidad. Ya no parecía tan agobiado. Su mente había recobrado mayor lucidez y las ideas se fijaban con más espontaneidad en ella. Se sintió como aliviado, como si se le hubiera caído un enorme peso del corazón. Después de todo Margot estaba viva, la había visto y escuchado su voz amada. Ahora se sentía consolado y daba gracias a Dios en su corazón por haberle concedido tantos años de vida, en cuyo caso aún podía ser útil a su querida Margot. Sentado en el tranvía, meditaba tales pensamientos en su corazón, proponiéndose comunicar la noticia del accidente de Margot al Pastor en esa misma mañana.

CAPITULO V

El domingo, en la clase, la señorita Stella Eunice había preguntado a sus alumnas si no sabían el motivo de la inasistencia de Margot Waldorf. Nadie supo dar razón de ella. Rosetta, que solía venir, invitada por ella, también faltaba. Cuando hubieron terminado el repaso de la lección, la maestra invitó a sus alumnas a inclinar sus cabezas, mientras ella oraba especialmente por Margot.

Un momento antes de terminar la Escuela Dominical, llegó la noticia de la desgracia, y el superintendente la comunicó emocionado a la escuela reunida. A pesar de ser la más pobre de su clase, Margot era muy querida, y la noticia, recibida con un silencio emocionante, produjo visibles muestras de pesar en todos los presentes. Las alegres compañeras de clase, siempre dispuestas para la risa, se tornaron serias, mirándose las unas a las otras. Pero cuando fijaron sus miradas en la de la buena maestra, sentada entre ellas, vieron que por sus hermosas mejillas de rosa corrían dos lágrimas perlinas.

A la salida, la señorita Stella Eunice comunicó al Pastor que no tomaría su clase en el anexo esa tarde, porque tenía el propósito de visitar a su alumna en el hospital, ya que la hora de visita coincidía con la de la reunión en el anexo. El señor Solano Maguer halló lógica su decisión, y le encargó sus cariños para Margot.

.....

Habían pasado cinco días desde que Margot estaba accidentada. El Pastor Solano Maguer y la señorita Stella Eunice habían tomado particular interés en el caso y hablado personalmente con el doctor del Río, sobre la gravedad del accidente.

—La niña nunca más podrá caminar, dijo. Todo lo que podemos hacer por ella aquí es terminar de curar las escasas lesiones internas que sufrió a causa de la embestida.

Hablaba con el señor Solano Maguer sin dejar de observar, por eso, la extraña belleza de la joven que lo acompañaba.

—En caso de que nos decidamos a llevarla a su casa, ¿tendremos que esperar muchos días hasta poderla mover?, intervino la joven.

—Dentro de cinco días, o seis, a lo sumo. Pero la niña no sobrevivirá mucho tiempo. Seis meses, ocho, quizás.

—¿Daría usted, doctor, su consentimiento para que la llevemos dentro de algunos días?, preguntó el Pastor.

—Sí, doy mi consentimiento, pero me reservo el derecho de hacerle una visita, de vez en vez, ya que su caso me interesa, por pertenecer a la rama de la cirugía a la que más especial atención dedico. Y esto lo decía haciendo reposar intencionalmente su mirada sobre el rostro aterciopelado de la magnífica figura de mujer que tenía ante sí.

Al despedirse, ésta le hizo entrega, con fino ademán, de un folleto escrito a cuatro páginas, y cuyo título rezaba así: "Creo en Dios", por el Pastor Don Carlos A. Solano Maguer. Y mientras los dos entrevistados atravesaban la espaciosa antesala, el joven hombre de ciencia miraba, ora el folleto que tenía entre sus manos, ora el cuerpo garbo y perfecto de aquella singular mujer. Cuando hubieron doblado el recodo y se dirigían hacia la amplia salita del pabellón, el doctor del Río se llevó las manos al cuello en ademán de ajustarse la corbata, pero se encontró con que no la tenía, que tenía abrochado su guardapolvo de cirujano. En su interior se libró una breve lucha; no sabía si volver a la sala de cirugía donde le esperaba su deber, en demanda del toque exacto de sus manos expertas, o el corte feliz del diestro bisturí, o si debía seguir a aquella imagen femenina para gozar del embeleso de su gracia. Por fin, en un arranque de espontánea decisión, cruzó con largos y rápidos pasos el espacio que lo separaba de la gran puerta de salida, pero cuando llegó a su umbral, sólo alcanzó a ver el perfil de aquel cuerpo de fascinadora simetría y belleza sin par que desaparecía detrás de un grupo de acacias, entre el serpenteado caminito de mosaicos que conducía al portón de la calle. Pero aquella última mirada bastó para grabar en su memoria todo el encanto que en ella se escondía.

—Bella criatura de Dios, se dijo a sí mismo, mientras volvía lentamente sobre sus pasos. Pero en su conciencia brotó entre acusadora y burlona esta pregunta: "Pero ¿acaso tú no sostienes la inexistencia de Dios?"

Aquella mañana el doctor del Río volvió a la sala de cirugía y operó el último caso con marcada nerviosidad, aunque conscientemente.

Eran las diez y media cuando colgó el guardapolvo e impartió las últimas órdenes y recomendaciones. Oyóse luego el ruido característico de la portezuela de un coche que se cerraba, y en contados segundos el doctor del Río imprimía velocidad a un Super Six, último modelo, en dirección a su consultorio particular. Y mientras manejaba volvía a flotar en su recuerdo la imagen subyuga-

dora de aquella muchacha. ¿Quién sería? ¿La esposa de aquel culto caballero? No podía ser. Había entre ellos una prudente distancia. ¿Su hija, acaso? Tampoco era posible. El aparentaba tener unos treinta años, mientras que ella unos diez y ocho, o algo más. Además no se parecían en nada. Deben ser conocidos, o parientes, a lo sumo, pero nada más. Y sólo con pensar que aquello no fuera así, como él pensaba, despertaba en su pecho un extraño sentimiento de celo.

—Ellos van a llevar a esa desdichada niña, se decía; luego deben conocerse. Efectivamente, me reservaré el derecho de visitarla, ya que su caso me interesa, por pertenecer a la rama de la cirugía a la que más especial atención dedico.

Y una amplia sonrisa de satisfacción y de triunfo anticipado se dibujó en todos los contornos de su rostro.

CAPITULO VI

Margot estaba repuesta, y descansaba en su cuarto sobre blando lecho. El anciano Waldorf ya no iba al trabajo. El generoso caballero que ofreció su ayuda por medio del agente Otello resultó ser el señor Narciso Cammor, destacado miembro de la Iglesia que pastoreaba el señor Solano Maguer, y buen padre de la abnegada maestra de Margot, la señorita Stella Eunice. El se hizo cargo de todos los gastos y sostén de la casa de Waldorf, y de ninguna manera accedió a que el anciano abuelo trabajara a esa edad.

—El poder hacerlo es un privilegio para mí, decía, y de ninguna manera quiero renunciar a él. Además, me da el gozo de una profunda satisfacción.

Además de algunos otros objetos útiles, Stella Eunice hizo bajar con "El Chano", del sedan De Luxe, un sillón de ruedas para Margot, con el cual podría andar por sus propios medios, y no estar recluída en la semi oscuridad de su cuarto.

Pero a pesar de las muchas bondades y atenciones con que los rodeaban sus amigos y hermanos en la fe, Waldorf y Margot solían pasar por momentos de profunda tristeza.

Una mañana, el anciano se acercó a su nieta con muestras visibles de un profundo pesar. Margot quiso sonreír, pero su forzada sonrisa se tornó en expresión de dolor. Hubo un velo que cubrió la alegría de su rostro. Waldorf-

apoyó su brazo en el respaldo de la cama, y en él la cabeza. Estaba próximo a prorrumpir en llanto.

—¡Pobre abuelito!... Y al decir esto tomó su mano izquierda para acariciarla. El quiso hablar, pero se le hizo un nudo en la garganta.

—No lo digas, abuelito. Lo comprendo todo. Ya no podré ser más tu pequeña servidora.

—Querida nieta. Ya no te veré correr a mi encuentro como antes, cuando volvía del trabajo.

—Pero ya no necesitas trabajar, abuelito. Tenemos todo en abundancia.

—Preferiría trabajar, y no verte así...

—No te aflijas, abuelito. Dios encareció su amor para con nosotros, dejándome con vida. Y aunque no pueda servirte..., (su voz desfallecía) he sobrevivido para amarte y ser de ti amada. Pero no llores más, abuelito. Mira, yo tampoco lloro. Recuerda que Jesús nos enseñó a orar: "Sea hecha tu voluntad".

—Margot, tú eres una niña admirable. Tienes razón en todo lo que dices, pero ¿por qué Dios habrá permitido que nos sobreviniera esta desgracia?

—Lo sabremos después, abuelito. Vienen a mi memoria las palabras de Jesús, que comentábamos con la señorita Stella Eunice en la Escuela Dominical, el último domingo, y que dicen así: "Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, mas lo entenderás después." En todo caso era lo que más convenía a nuestras vidas, de lo contrario Dios no lo hubiera permitido.

En eso llamaron a la puerta. Waldorf abrió y se encontró con el agente Otello.

—¡Buenos días, abuelo! Hace unos instantes dejé el servicio y no quiero ir a mi casa sin antes ver a su nieta. ¿Se puede?

Y sin esperar la invitación traspuso el umbral y estrechó su mano a la que le extendía Margot. Luego se sentó junto a su cama.

El anciano aprovechó la venida de Otello para ir hasta el mercado próximo para comprar lo indispensable para el día.

—¿Cómo te sientes hoy, Margot? Supongo que la tuya fué una desgracia con suerte, como suele decir la gente, pues veo que te han dado de alta en el hospital.

—Sí y no. Tuve una desgracia con suerte, y me dieron y no me dieron de alta. Nunca más podré caminar. El doctor usó una palabra que no recuerdo en este momento, nunca la había oído pronunciar antes, pero significa algo así como que mis piernas están como muertas. No las podré mover más.

Margot hablaba con la mayor naturalidad, con tono tranquilo y reposado, como si se tratara de una persona extraña o desconocida.

—Pero si es así, no resultó tan sencilla la cosa, y parece que a ti no te preocupa mayormente tu situación.

—¡Oh!, no diga eso. Cuando supe la verdad cruel estaba deseando hasta la muerte. Pero cuando me serené, especialmente cuando me visitó un señor, el Pastor de mi Iglesia, comprendí que era la voluntad de Dios que tal aconteciera. Por eso estoy consolada.

—¿Y quien te ha enseñado tales cosas?

—Mi maestra de la Escuela Dominical. Y cuando era muy niña, mi padre solía hablarme de ello. Además, tengo un libro, la Biblia, que contiene la Palabra de Dios escrita, que me ha revelado los caminos de Dios para con nosotros.

—¿Dónde está tu padre?

—No vive más sobre esta tierra. Soy huérfana. Cuando tuve un año murió mi madre. Y ahora no tengo padre tampoco. ¡Solo Dios es mi Padre! Hace muchos años vivíamos muy lejos de aquí, en un pueblo de campaña. Entonces yo era muy pequeña. Mi padre encontró aquí un buen empleo como pintor, y ganaba bastante bien. Por eso vinimos, mi abuelito y yo, a vivir con él aquí. Estábamos bien, y nada nos faltaba. Pero después de algunos años lo contrató una compañía muy importante, para que fuera a trabajar en una provincia muy lejana, en el norte del país. Como el trabajo no iba a durar mucho tiempo resolvió ir solo. Al principio nos mandaba dinero cada quince días, y nos escribía cartas muy hermosas. Las tengo guardadas como recuerdo. En el tercer mes no recibimos noticias de él. Y cuando abuelito se dispuso a ir para averiguar en las oficinas de la compañía, llegó un telegrama que decía que estaba gravemente enfermo. El día siguiente recibimos la noticia de su muerte. Nos quedamos muy tristes. Pasaron algunas semanas, y un señor que dijo haber trabajado con él, allá lejos, nos hizo entrega de una esquelita escrita por mi padre, tal vez en la hora de su muerte. Decía así: "Mi querida Margot: hasta la vista, en el cielo. No abandones a tu abuelito, ni te olvides de confiar en Dios. ¡Que su Gracia te proteja!"

—Debe de haber sido un padre muy bueno.

—El mejor. Cuando nos despedimos llorábamos todos. Algo nos decía que no había de regresar. Yo tenía siete años, pero lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Créame, señor, que es muy triste ser huérfana de padre y madre. Todos la desprecian y se quieren abusar de una...

La congoja de su corazón no la dejó seguir su relato por un momento.

—¿Ve usted aquel cuadro sobre la pared? Pues lo pintó para mí. Me dejó muchos cuadros, pero ése me gusta más que todos.

La pintura, hábilmente ejecutada, representaba un libro abierto sobre la mesa, y una niña inclinada sobre él leyendo con profunda devoción, cuyo índice de la manecita derecha iba indicando graciosamente las líneas que leía. Al pie tenía este texto: "Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino".

—Antes de partir me alzó en sus brazos para que yo misma colgara el cuadro en la pared. Entonces vivíamos en una casa mejor. Cuando hubimos terminado se sentó y me alzó sobre sus rodillas. Los dos estábamos mirando el cuadro. A mí me encantaban los hermosos colores y los bellos rizos de la niña. El pensaba en no sé qué... Al cabo de un rato me dijo: "Sabes, Margot, yo deseo que esta niña te represente a ti. El libro es la Biblia. Quiero que la leas siempre y obedezcas sus enseñanzas. Ella contribuirá a hacerte buena y feliz sobre esta tierra". Después me acuerdo que me abrazó muy fuerte, y acariciaba mi frente. Cuando le miré en la cara me parecía que se sentía muy triste. Pero entonces no entendía. Hoy, sin embargo, lo comprendo todo. Era la separación lo que lo ponía así.

En esa conversación estaban cuando llegó el abuelo de regreso de hacer sus compras. Estaba cansado, y se sentó a descansar. El agente Otello estuvo algunos minutos más, luego se despidió amablemente, prometiendo volver en otra oportunidad.

—Sí, dijo Margot, venga por aquí todas las veces que guste, le estaré muy agradecida.

El agente Otello se encaminó con paso lento, y pensativo, en dirección a su casa, distante algunas cuadras de allí. Sentía una extraña sensación de felicidad e íntima satisfacción en su pecho. Pensaba en Margot y en su anciano abuelo. También pensaba en su situación, en su desgracia. Pero más pensaba en la serena confianza que la niña había depositado en Dios. Era hombre maduro y había tenido muchas experiencias y decepciones en sus treinta y cinco años de vida. Había conocido y tratado a infinidad de personas, pero nunca había oído hablar a nadie con tanta serenidad y calma como a Margot en su difícil y penoso trance. ¿Cuál sería la causa? ¿Su juventud? De nada le serviría, pues quedaba paralítica para todo el resto de su vida. Recordaba que cuando le hablaba de Dios su rostro parecía iluminarse, su mirada adquiría un vivo resplandor, y sus labios se movían con verdadero entusiasmo. Ponía el corazón en lo que decía, y sus palabras producían una extraña sensación de bienestar y calma. Producían contacto en el corazón, porque había en ellas calor y vida. ¿Sería ése el secreto? ¡Cómo había de saberlo si nunca tuvo la experiencia de Margot! El ignoraba el secreto de Margot, porque ignoraba que existe un poder que se manifiesta en los débiles e indefensos, y que Dios otorga a los suyos en el preciso instante que lo han menester.

El agente Otello no tenía un corazón malo, que digamos. Había en él algo de noble, y aparentaba estar dotado de un temperamento tranquilo y sereno. Amaba los placeres, y desde su juventud había ido en pos de sus insinuaciones. Ignoraba absolutamente las ventajas que ofrece la práctica de una vida cristiana. Sin embargo, había aprendido por experiencia que el mundo es ingrato y malo, y pese a sus muchas insinuaciones y deleites carnales, no satisfacía los anhelos de su vida. Antes, por el contrario, después de cada jornada de placer, en que ahogaba el llamado dramático de su conciencia, volvía desgraciado e infeliz al trabajo. Seguía teniendo sed. Había comprobado que la aparente exquisitez que las bebidas causaban a su paladar no compensaba su horrible despertar. Por experiencia había aprendido que el goce del mundo es falaz, pasajero, ocasional; y que el clamor de la conciencia no se acallaba en el café, la pista de baile, o en un "cabaret". Debía haber otra fuente de dicha que colma todas las inquietudes y necesidades de la vida interior. ¿No veía, acaso, diariamente, la monotonía de las vidas entregadas a los placeres y las orgías? ¿No conocía él los últimos y más refinados estilos de mundanalidad, y los vicios de otras épocas y naciones que fueron tomados de anteriores generaciones, y presentados con nuevos colores y adaptados al gusto y paladar del sensualismo moderno? Sí, sabía todo esto, y mucho más. Sabía que el pecado en sus mil distintas manifestaciones, aun bajo las más refinadas formas y estilos, tiene siempre el mismo sabor de rancia antigüedad; que, aunque deleita en el principio los apetitos de la "bestia humana" que llevamos dentro, al final clava sus dientes agudos de áspid e inyecta su virus fatal; que la ruleta, las cartas, las copas, los escotes y risas escandalosas que se mueven al compás de una música apropiada, antes que contribuir a la felicidad humana se encargan de destruirla. Pero también sabía que esa llama interior que arde inextinguible dentro de cada ser humano, no puede ser apagada en una o más noches de orgías turbulentas, ni satisfecha con tierras, oro y casa, como no puede ser reducida a la penumbra con el lujo ostentoso

de una cortesana profesional. Todo esto lo había visto, palpado y gustado en su vida, pero no fué feliz, antes, su tedio y desdicha aumentaban a ojos vistas. ¿Dónde estaba, entonces, la fuente de la felicidad? ¿Acaso la pequeña Margot no conocería esa fuente?

Tales eran las cavilaciones de esta pobre alma que, palpando en la obscuridad, buscaba la luz, la paz, y el supremo bien.

Otello había estado casado. Su esposa, muy joven aún, era una buena compañera, que se afanaba por ofrecerle un hogar agradable y ameno. Su felicidad fué colmada cuando se operó el milagro del nacimiento de una criatura, una niña inmaculadamente hermosa, bonita como una flor. Ella era la alegría de su vida. Sus horas libres las pasaba agasajando a la pequeñita que crecía robusta y rosada, al cuidado primoroso de su buena mamá. Los dos pasaban horas enteras contemplando embelesados sus infantiles ocurrencias, y escuchando sus primeras palabras, que sólo el corazón de los padres pueden comprender. Así pasaron los meses, un año, dos años . . . La niñita se hacía más independiente, más conversadora, más preguntona.

Un día la joven señora se sintió enfermar. Su rostro se ponía pálido. Del examen médico no resultó ningún diagnóstico. Alguna indisposición pasajera, alguna debilidad. . . Pero la hermosa mujer, que ayer no más rebosaba salud, se marchitaba día tras día hasta adquirir su rostro el color de un papel. Al cabo de quince días estaba enjuta. Los médicos se afanaban inútilmente. El esposo desesperaba, y la niña comenzaba a comprender. . . Había una vecina, singularmente amable, que se hizo cargo de todos los quehaceres de la casa, inclusive del cuidado de la pequeña. Solía hablar a la enferma de un más allá, de la dicha que esperaba a los que aceptan y confían en Cristo. También solía leerle algunos párrafos de la Biblia, y oraba después.

Una mañana, día de tristes recuerdos para Otello, éste se despidió apesadumbrado de su querida esposa. Fué una despedida cariñosa, la última. La pequeña está allí, junto a la cama, con su muñequita de trapos, toda rota. Sus rizos de oro le caían graciosamente sobre los hombros. La niña le mostró la muñeca sin brazos, y le pidió otra, que los tuviera. El padre se la prometió con un beso en la frente. En el rostro de la enferma se dibujó una sonrisa lánguida, Otello se encaminó a su puesto de servicio con el ánimo ensombrecido.

Al poco rato llegó la vecina, doña Esther. En el transcurso de unos veinte días habían simpatizado como dos niñas, compañeras de juego. La una no tenía palabras para expresar su gratitud; la otra rebosaba de gozo por el privilegio de poder servir. Solía llevar a la niña consigo, para dar más reposo a la madre enferma, y a cada instante volvía para saber si era necesaria su presencia.

Esa mañana doña Esther le preguntó a su amiga:

—¿Cómo te sientes esta mañana, Adelina?

—Estoy agotada. Ya no puedo más. Hay momentos en que se me hace difícil la respiración. Tengo la seguridad de que esto va a terminar muy pronto. . . sí . . . muy pronto. . .

Esther le puso la mano sobre la frente. Estaba encendida de fiebre. Luego le dió las gotas prescriptas por el médico y se dedicó a ordenar la casa, silenciosamente, como si presintiera el silencio de la tumba.

Eran las seis de la tarde. Esther comprendió que el fin se acercaba, y comunicó sus impresiones al médico y mandó a su esposo a la parada de Otello. Ella volvió al lado de la

moribunda. A pedido de ésta leyó una porción que le agradaba en grado sumo. Terminada la lectura Adelina tomó la mano de su amiga. Su mirada parecía fija en un punto, más allá del techo. Al cabo de un rato exclamó:

—¡Me voy... Esther... me... voy!... ¡Creo... Señor... ayuda mi incredulidad!

Su mano se aflojó lentamente, hasta caer sin gobierno, inerte, sobre el costado de la cama.

En contados minutos llegó Otello. La pequeña estaba sentada en el suelo, entre las plantas del jardín. Tenía el cabello desordenado, y la inocente carita cubierta de polvo. Mecía cariñosamente su vieja muñeca rota.

—¡Háa... háa... há! ¡Háa... háa... há!

Otello la miró al pasar, pero corrió a la pieza. Frente a él, en la cama, yacía inmóvil la buena compañera de su vida. Era cadáver.

Pero no terminó allí su desgracia. A los pocos meses, una pulmonía doble le arrancó lo más querido que le quedaba en la vida, la hijita de su alma. Desde entonces quedó solo en este mundo, y la vida para él significaba muy poco, quizás nada. Total, el mundo había quedado vacío para él. Vivía sin rumbo fijo.

Sin embargo, la actitud y las palabras de Margot lo hicieron reflexionar profundamente. Había muchas cosas obscuras para él, y no podía escapar a la radiante felicidad de la pobre niña esclava de la cama. Esa tranquilidad no podía nacer de la indiferencia frente a la vida y del deseo mismo de vivir. Ella ya era una señorita, conocía en cierto modo, esos problemas, y a los quince años ¿cómo no había de amar la vida? ¿Cuál era la causa, entonces, de su felicidad?

CAPITULO VII

Los días pasaban en forma demasiado lenta para Margot. Al principio casi desesperaba en su corazón. En más de una oportunidad el anciano Waldorf la encontraba con los párpados humedecidos. Lo comprendía todo, y en su interior también lloraba. Pero Margot era fuerte, y tenía presencia de ánimo, además de la rara virtud de no preocuparse de sí misma, hasta que llegó el día en que se sobrepuso a todo, y ya no pensaba sino en los demás, en sus semejantes. El tiempo ya no tenía valor para ella. Vivía su reducida existencia con un constante aquí, sin rememorar el pasado ni soñar con el futuro. Pasaba horas interminables leyendo las páginas de su libro amado. Se extasiaba contemplando el cuadro que tenía enfrente, sobre la pared. Miraba la tarea magistral de alguna araña que tejía en alguna esquina su tela para atrapar moscas, o se entretenía dándole migajas de pan a un ratón que venía hasta ella sobre la colcha gris de su cama. Tenía corazón para todo lo que vive. Amaba la vida por ser ésta una parte de Dios. Tenía una predilección especial por los animales, "porque, decía, son los únicos que no tienen culpas".

La señorita Stella Eunice la visitaba menos ahora, porque estaba colaborando con su padre en la oficina de éste, debido al enorme incremento de la industria confiada a su dirección. Sin embargo, no pasaban tres días sin que se hiciera una escapada para llegar hasta el cuarto de Margot y traerle un

rayo de luz y de alegría. En sus visitas solía llevarle algunos bombones, revistas y palabras de consuelo y de aliento. Su entrada en el cuarto era como el sol de la mañana, que todo lo baña de oro con el toque mágico de sus rayos. El Pastor también la visitaba, y una que otra alumna de su clase.

También solía visitarla el doctor del Río para saber de su estado y conversar un poco con esa niña tan singular. Le había tomado verdadero cariño, aunque no sabía por qué. Ella le hablaba de una manera distinta que las demás niñas de su edad. Además, había comprendido que abrigaba una profunda fe en Dios. Tales convicciones le hicieron pensar mucho, y sus cavilaciones, aunque profundas y largas, no hacían que progresara ni en uno ni en otro sentido. Se decía ser ateo, pero sus convicciones de tal lo abandonaban a cada momento. Sentía en lo más íntimo de su ser que no estaba satisfecho de sí mismo, y la tranquila manera de ser de esta niña lo confundía aún más. Esa serenidad, ese reposo, esa calma que irradiaba eran de una hermosura sin parangón, y lo impresionaban vivamente. En su activa y brillante carrera de médico había tenido oportunidad de observar el ánimo de sus distintas clases de pacientes, pero ni los más ricos e instruídos poseían esa entereza y certidumbre que tenía esta niña frente a su obscuro porvenir. Con el solo hecho de recordarla era asaltado por mil distintas clases de dudas y de preguntas, que brotaban en su mente a cada paso de su sincera meditación.

—¡Extraña criatura!, se decía a sí propio, cada vez que en su recuerdo se le presentaba su imagen.

En sus investigaciones científicas había llegado a ciertas comprobaciones que habían sacudido sus convicciones y trastornado su "fe". No obstante ser sincero, se resistía a cambiar de rumbo, y no tenía suficiente presencia de ánimo para confrontar sus teorías con la realidad de los hechos. A medida que adelantaba en sus trabajos de investigación, que eran corroborados por sus diarias experiencias, se acercaba también al día de la confrontación, ineludiblemente. Primero fué un breve folleto, luego una conducta ejemplar, y ahora una desconocida serenidad que obraban de una manera conjunta, aunque secreta, en el fondo de su conciencia. Pero necesitaba aún mucho más.

Mientras tanto en el corazón de Margot había nacido el incontenible deseo de ser útil y hacer algo para su Señor. Pero ¿qué? ¿No estaba imposibilitada para moverse? ¿Qué preparación tenía ella para realizar sus propósitos? Y aunque rechazaba una y otra vez la idea, ésta volvía a brotar nuevamente despertando en ella renovados e incontenidos deseos de servicio.

Cuando la señorita Stella Eunice llegó de nuevo a visitarla, entre otras cosas, sostuvo con ella la siguiente conversación:

—Usted no sabe cuántos son mis deseos de hacer algo útil para el Señor. Pero no puedo resolverme. A veces pienso que soy una inútil para toda la vida, que nadie me escucharía, que no tengo preparación, que no puedo moverme, y...

Su buena maestra no necesitaba saber más, por eso dijo:

—Tu idea es magnífica, Margot. Tú puedes hacer algo para el Señor, y lo harás. Yo sé que lo harás, y habrá quien te escuche. Te sobra preparación para dar el testimonio de tu salvación, y podrás ir, dentro de poco, en el sillón con ruedas, hasta las puertas de las vecinas para entregarles algún folleto u otra lectura evangélica. Ninguna te lo rechazará. Además, puedes orar por las personas inconversas que te rodean, y cuando puedas estar sentada, y quieras, te traeré

lanas, todas las que quieras, y agujas, y te enseñaré a tejer. Tejerás para los niños pobres que tú conoces. Verás cuánto puedes hacer, y qué feliz será tu vida si pones en práctica tu hermoso plan.

El rostro de Margot se iluminó a medida que hablaba su maestra.

—¡Magnífico!, exclamó. Haré todo eso que usted me acaba de decir. Repartiré folletos, hablaré a mis vecinos, los invitaré a las reuniones, oraré por ellos y por el doctor del Río, el agente Otello, y tejeré tricotas y medias para los pobres. ¡Qué alegría me causa todo esto con sólo pensarlo! Usted es un ángel, señorita. Dios la mandó a mi lado para que me anime a ser un poco útil en la vida.

—Sólo he desarrollado tu buena idea, nada más. Mañana te traeré las lanas y las agujas, y comenzaremos con el primer punto. Y ahora mismo podremos orar por las personas que están sobre tu corazón.

Los dos inclinaron sus cabezas y oraron fervorosamente. Luego se separaron con los corazones llenos de legítima satisfacción, que sólo es dada gozar a las almas nobles y generosas. Dios lo había dispuesto así. Eran dos corazones que se habían encontrado, y pulsaban al unísono en pos de un mismo anhelo de amor y de servicio cristiano.

CAPITULO VIII

El Doctor del Río tenía un amigo, cuya hijita, de nueve años, hacía días se hallaba enferma.

El hogar en que la niña se había criado estaba desunido por razones ideológicas, según decía el esposo. Pero la causa era otra, más profunda, y el distanciamiento era mayor de lo que parecía a simple vista. De parte de él la razón podía ser exclusivamente de orden ideológico. Estaba saturado de ideas sin la base firme de una fe probada. Cultivaba a Nietzche, Voltaire, Kant, Ibarreta, etc., y decía estar en condiciones de probar la no existencia de Dios en términos que no admitían réplica. Dictaba Filosofía desde la elevada cátedra de una prestigiosa institución universitaria, y acababa de entregar a la imprenta una tesis que combatía toda idea de Dios. Su esposa, en cambio, era una ferviente cristiana. Tenía un alma noble y sincera. Sus conceptos de Dios eran claros y definidos, que en más de una oportunidad dejaron perplejo y desorientado al incrédulo esposo y profesor.

Las discusiones habían sido cuantiosas y terribles, hasta que la buena madre optó por la prudencia y el silencio. Pero en los últimos tiempos ya no se trataba de defender posiciones el uno frente al otro, sino que la lucha se desarrollaba en torno a la formación del carácter y convicciones de la única hija. El padre la quería atea, la madre cristiana. Y tanto la una como la otra parte ponían todo su empeño por

ganarla. Hasta el presente parecía que el padre estaba llevando la mejor parte en la contienda. La niña se inclinaba decididamente, (aunque no exenta de simpatías hacia las enseñanzas y ejemplo de la madre), por la doctrina de su admirado padre. El se sentía satisfecho de su aparente triunfo. Pero había olvidado que toda idea, toda convicción, toda creencia debe pasar por el crisol de la prueba suprema, ya sea en la propia vida del que la sostiene, o en la vida de otro que la sufre. Cuando el sol envía sus oblicuos rayos que entibian la tarde de oro; cuando las brisas sutiles acarician el rostro del caminante peregrino; cuando las flores adornan el borde de nuestro sendero y lo perfuman, entonces cualquiera teoría es fácil de sostener. Pero sabido es que no todas las tardes son de sol, ni es siempre suave la brisa, como no engalanan siempre las flores nuestro camino al pasar. Cuando el cielo se torna obscuro y se cubre de negros nubarrones; cuando es desierto y árido el camino de la vida y los vientos huracanados rugen con furia salvaje arrasando todo lo que encuentran a su paso en su loca carrera, entonces lo más probable es que arranquen también toda idea que no tenga sus raíces profundamente arraigadas en una fe sincera, nacida de la experiencia personal.

El Doctor del Río hacía desesperados esfuerzos por salvar a la hija de su amigo, pero nada podía conseguir, ni siquiera una leve reacción. Una tarde sugirió la conveniencia de llamar a otros facultativos, para que a su vez examinasen a la niña.

El reloj daba las siete. En una sala contigua estaban los padres y varios amigos de la enferma. El medía con pasos nerviosos la sala en todas direcciones. Su rostro era grave. No decía una sola palabra. La madre apoyaba su cansada

cabeza en el respaldo de un mullido sofá. Tampoco hablaba. De vez en vez secaba alguna lágrima que surcaba sus mejillas. Sin embargo aparecía más serena. Los amigos se miraban entre sí. A través de la pared se oía el rumor de la conversación de los cuatro médicos, interrumpida, a veces, por un débil gemido de la enferma. Toda vez que la madre la oía se contraían las facciones de su noble rostro, como si cada lamento fuese una espada que atravesaba su propio corazón. Se notaba en ella enormes esfuerzos por contenerse, mordiéndose, cada tanto, el labio inferior. El látigo del cruel dolor la estaba marcando ostensiblemente.

Al cabo de media hora la consulta había terminado, y los padres de la enferma fueron invitados a pasar. Antes que el más anciano de los profesores hablara, ya lo habían comprendido todo. ¡Era tarde!

—El caso de vuestra hija es fatal. Se trata de un bacilo que ataca los glóbulos, la sangre misma, pero no podemos establecer ni el origen ni precisar el asiento de la enfermedad. Frente a este fenómeno la Ciencia tiene que entregar las armas. Quizás a las doce de la noche cuando mucho . . .

Los tres encanecidos hombres de ciencia se retiraron solemnemente, dejando a los dos padres con todo el enorme peso de su dolor. ¡No había esperanza!

El Doctor del Río, amigo de la casa, se quedó con ellos. Y los tres, reunidos junto a la cama, asistían impotentes a la lucha entre la vida y la muerte. ¡Qué tragedia era para los padres contemplar esa agonía lenta, terrible, sin poder socorrer a la hija de su alma!

Ya eran las nueve, y la fiebre había avanzado peligrosamente.

—Dentro de una hora, una hora y media, quizás... dijo el Doctor.

El ateo profesor estaba vencido. La angustia se había apoderado de su corazón. La madre, en cambio, parecía más fuerte, más decidida, más serena. Al fin se dirigió a su esposo:

—¿Puedo llamar al Pastor?

—¡Ya lo hubieras llamado!

Al cabo de media hora descendía de un coche el Pastor Don Solano Maguer. La afligida madre lo recibió en la puerta del "hall", mientras que el noble invitado subía lentamente los escalones de blanco mármol.

—Todavía vive, dijo con voz trémula la madre. Llega usted a tiempo.

Ambos entraron al cuarto silencioso. El Pastor y el médico se reconocieron en el acto, y se saludaron respectuosamente. El profesor dió la bienvenida al Pastor. Este se acercó al lecho de la moribunda y colocó su mano sobre la frente de ésta. Sintió que la fiebre era terrible. Le quemaba la mano. La miró unos momentos fijamente. Vió que allí estaba la muerte agitando sus alas invisibles.

—Debemos acatar la voluntad del Creador, dijo, e inclinarnos ante sus eternos designios. Y al cabo de poco agregó:

—¿Quizás podamos elevar una oración a Dios?

—Sí, Pastor, dijo la madre ansiosamente.

Y allí rodeados de un silencio precursor a la muerte, dos corazones sinceramente cristianos, y otros dos que no lo eran, ni creían en la vida de ultratumba, inclinaron sus cabezas ante el imperio del Espíritu, cuya presencia invita a la reverencia y a la adoración. El Pastor oró con fervor apostólico, y su plegaria consoló visiblemente a la afligida madre, e impresionó vivamente a los dos incrédulos amigos.

Nunca habían asistido a un acto tan solemne y emotivo, ni tampoco sintieron antes la voz de la conciencia que les hablaba tan claramente. Se sintieron como apocados, casi avergonzados.

Pasaron algunos instantes. Todo era silencio sepulcral. Las palabras estaban demás. Era un silencio grande. Los amigos aguardaban en la sala contigua. La respiración de la enferma se hacía ahora más fácil, hasta parecía aliviada. Hablaba... hablaba mucho, y normalmente. Recordaba sus pájaros en la jaula, las lecciones de su piano, las azucenas del jardín. Entonces se pintó una esperanza en la mirada interrogadora de la madre. Pero de pronto la niña recordó los libros de su padre, y algunos pasajes que la madre solía leerle de la Biblia. Después calló, y hubo un largo silencio. La respiración se agitó de nuevo, y hubo momentos de terrible ansiedad. Era el preludio de la lucha final. La agonía llegaba a su última etapa. En un supremo esfuerzo volvió la cabeza, miró fijo a la madre primero, y al padre después. Eran dos miradas interrogadoras, ansiosas, terribles. Sus labios pálidos como pétalos marchitos, comenzaron a temblar.

—Papá, dijo. ¿En qué fe debo morir? ¿Debo creer lo que tú me enseñante... o debo aceptar la fe de mamita?

El padre quedó atónito. Quería hablar, pero las palabras morían en sus labios. Estaba mudo, impotente.

La moribunda dió muestras de una terrible excitación.

—Bueno papá... ¿qué debo creer?

El padre se acercó tembloroso a la cama. Se arrodilló junto a ella, todo cohibido, como derrotado. Al otro lado de la cama estaba su esposa, también de rodillas, en actitud suplicante. Por fin tomó suavemente la afiebrada mano de su hijita, y dijo:

—¡Hija de mi alma, acepta la fe de tu noble madre! ¡Ella te ayudará a morir en paz! ¡La mía no sirve para esto!...

El Doctor del Río se puso de pie y dió unos pasos en dirección a la ventana; sacó un pañuelo y se enjugó la frente. El Pastor estaba al pie de la cama. La enferma dejó la mano de su padre y se volvió hacia la madre. La miró con indecible ternura, y dijo:

—¡Mamita, creo!... ¡Jesús es mi Salvador!

La madre contuvo su llanto de alegría. Y la enferma cerró los ojos y la respiración se hizo cada vez más suave, se oía más y más lejos, hasta que cesó definitivamente...

CAPITULO IX

El triste cortejo de dolor se movía lentamente a través de la turbulencia de las calles en dirección al sector Norte de la ciudad, precedido por el coche que conducía un ramillete de esperanzas truncadas, y tirado por dos yuntas de briosos corceles.

En uno de los coches, que hacían larga fila, iba el Pastor Don Solano Maguer, su esposa, la señorita Stella Eunice Cammor, y el Doctor Eugenio del Río.

El trayecto necesitó cincuenta minutos para ser cubierto, tiempo suficiente para hacer los tanteos preliminares de una amistad que se forjaba a través del crisol de la simpatía, entre el Doctor del Río y sus acompañantes. En el trayecto se habló del primer encuentro que tuvieron y de su motivo: Margot; del hogar enlutado; de la niña que se había ido; y, de paso, muy someramente, fué tocado el asunto de la vida eterna, pero no pasó de la mera alusión al hecho.

La ceremonia alusiva a la inhumación de los restos de la extinta transcurrió normalmente bajo una profunda sensación de pesar. La evangélica disertación del hombre de Dios produjo profunda impresión en el ánimo de muchos de los asistentes, algunos de los cuales fueron realmente conmovidos. Esa ocasión se presentó propicia para ganar simpatías para la causa evangélica que, demás está decirlo, fué bien aprovechada.

La despedida entre los nuevos amigos fué efusiva, cordial, y el deseo de encontrarse de nuevo para compartir momentos de amena camaradería fué expresado en forma reiterada por todos ellos.

Los días pasaban envueltos en su manto gris otoñal. La fina y persistente llovizna mojaba las calles, los árboles desnudos extendían sus brazos al cielo, y las gotas caían de los techos produciendo monótona música con su contínuo repiquetear.

Apoyadas sus espaldas sobre varias almohadas, Margot tejía, tejía con entusiasmo, afanosamente. Rosetta venía a visitarla varias veces en el día. Tenía ella un enorme interés por aprender a tejer. Pero las llamadas estridentes de Doña Filomena sacudían su extrema sensibilidad, interrumpiendo su deleite contemplativo frente a las agujas ágiles que centellaban veloces entre aquel laberíntico enredijo. Y cada vez que oía que su nombre hendía el espacio, en forma aguda y penetrante, salía corriendo del cuarto toda asustada para regresar, al cabo de algunos instantes, con su sonrisa característica.

Cuando estuvieron nuevanmente a solas, y mientras Rosetta, que era todo ojo para seguir el tejido de Margot, se apoyaba con el codo derecho sobre el borde de la mesa, Margot la sacudió con esta confesión:

—Rosetta, me gustaría tener aquí una Escuela Dominical.

La sorpresa fué tan grande que la redonda muchacha, en su involuntaria reacción hizo como un torpe además de embestida. La destartalada silla crujió bajo el peso de aquel jamón andante, perdiendo en el acto su forma y utilidad. La confusión fué visible en su rostro, pero habló diciendo:

—¿Una Escuela Dominical, aquí? . . . ¿En este cuarto? . . . ¿De veras? . . .

—Sí, una Escuela Dominical. Tal como te dije.

—¿Y quién va a ser la maestra?

—Yo, dijo Margot, con toda naturalidad.

Rosetta juntó las manos sobre su pecho y clavó la mirada en el techo.

—¿Tú, la maestra? ¿Y quiénes van a ser los alumnos?

—Todos los que quieran serlo. Te lo digo en serio. He pensado que tú me podrás ayudar en esa tarea.

—Pero yo no sabría enseñar nada. No sé leer, y desde que te enfermaste no fuí más al Evangelio. Lo que aprendí ya lo olvidé todo.

—Yo no digo que enseñarás, pero podrías invitar a algunos para que vengan.

—¿Y a quién quieres que invite? ¡Si nadie me va hacer caso!

—Podrías empezar con tu hermano "Pirincho", sus amigos "El Chano" y "El Taita", y las nenas que viven en el otro piso.

—¡Esos grandulotes, mal educados, no van a venir. . . se van a reir de mí, es todo lo que van a hacer, ya lo sé! . . .

—Es que tienes que entusiasmarlos para que vengan.

—¡No, esos muchachos se van a hacer los graciosos y me van a decir de todo! . . .

—No, Rosetta, no te van a decir de todo. Mira, primero le hablas al "Chano". Si lo consigues, él va a traer a los otros. Estoy segura.

—Pero. . . si está peleando con "El Taita". No ve que "El Chano" es "hincha" de Boca, y "El Taita" es de Independiente. Resulta que Independiente le ganó a Boca, y "El

Taita" le dijo que Independiente lo tenía de hijo a Boca. Al "Chano" le dió furia y le dejó un ojo "en salsa" al "Taita". Mi hermano "Piricho" vió. Ahora no se hablan.

—No importa. Igual quiero que lo invites.

—Pero el domingo piensa ir para ver jugar a Boca. Dice que el cuadro anda mal, y hay que "hincharle" para que gane.

—Bueno, cuando venga esta tarde, le dices que yo lo quiero hablar. El ha de venir, porque he orado al Señor para que toque su corazón y venga.

—¿Y Dios te da siempre lo que le pides?

—Si es para mi bien, sí, me lo da. De lo contrario, no contesta mi oración. Pero me contento igual, porque Dios me preserva de los males que me pueden perjudicar.

Rosetta no contestó palabra. Quedó pensativa. Al cabo de un rato se fué, con la promesa de hacer lo posible por ayudarla.

Las horas pasaban y Margot seguía tejiendo afanosamente, mientras esperaba el regreso de su anciano abuelo.

Ya había obscurecido. De repente irrumpió Rosetta en el cuarto, toda entusiasmada por el éxito de su misión.

—Margot... ¿sabes?... Te conquisté cuatro alumnos. Tres nenas y un muchacho. Mi hermano "Piricho" me trató de loca,... y cuando le quise explicar me mandó a freir espárragos. Vamos a dejarlo por mal educado, ¿sabes? Vamos a trabajar con otros alumnos que sean mejores ¿sabes? a los malos como él los dejamos ¿sabes? porque nos van a estorbar ¿sabes?

Su entusiasmo era tanto que no le daba abasto la respiración.

—¿Y "El Chano"? ¿Lo invitaste?

—¿Al "Chano"? Sí, sí, lo invité. Pero no le dije nada de

eso, de la Escuela Dominical. Esto te lo voy a dejar para ti. Pero le dije: "Che Chano, Margot quiere que vayas a verla un rato; se siente muy sola". Y él me prometió venir. ¡Lo convencí!

Su voz era de triunfo, y las palmas de sus manos sonaron en el vacío del cuarto con la última palabra. "Pero, agregó, primero se quiere arreglar un poco".

—Yo sabía que vendría, dijo Margot.

—¿Y cómo? ¿Quién te lo dijo?

—Lo presentía. Cuando te fuiste una gran tristeza invadió mi corazón y me puse a llorar. Entonces parecía que una voz me decía: "No llores, Margot. No debes entristecerte cuando quieres hacer algo por tu Señor y no te resulta como tú quieres. Si el Señor quiere que "El Chano" venga, vendrá, y si no quiere que venga, no vendrá". Entonces me quedé tranquila y estuve segura que vendría.

—Ha de ser así no más, dijo Rosetta, pensativa.

—Dejemos el asunto en las manos de Dios. Si no viene, paciencia. Y si viene, tanto mejor. Aceptemos lo que Dios resuelva.

—¿De veras crees todo lo que me acabas de decir, Margot? ...

Cuando estoy en la clase, y la señorita Stella Eunice nos habla, me quiero convencer. Pero cuando veo tantas cosas malas en este mundo me asalta un mar de dudas. ¿Por qué, me pregunto yo, permite Dios tanta miseria, tanta injusticia, tanta desigualdad? Papá siempre reniega cuando vuelve del trabajo, porque le fué mal ese día, porque los clientes no pagan, o porque otro le arruina el negocio. Y cuando mamá le dice que tenga paciencia, que Dios no quiere que seamos ricos, él se enfurece de tal modo que grita malas palabras,

y dice: "¡Qué Dios ni que Dios! ¡La cartera gorda y la panza llena vale más que tu Dios!" Entonces mamá se calla, porque no quiere armar un escándalo, y no le da una buena "marrusa" porque viene muy cansado, y tiene que trabajar el otro día. Así nos sentamos a la mesa y comemos todos en silencio, hasta que no queda nada en la fuente.

—Yo no te podría contestar a todo esto, Rosetta, porque hay muchas cosas que yo no las entiendo. Pero una cosa sé, y es que Dios siempre obra para nuestro bien.

—Me pones contenta cuando te oigo hablar así. Me suena muy distinto que cuando habla la señorita Stella Eunice. Ella es toda una dama, tiene guantes finos, usa pieles, tiene buenos tapados, anda en coche, y es rica...

—Es más pobre que tú, Rosetta, porque no tiene madre, y tú la tienes.

—Bueno, yo no quería decir eso, precisamente. No sé cómo explicártelo. Pero ella sabe más que tú y yo, y si ella lo dice, no tiene tanta gracia como cuando lo dices tú. Ella es sana, y tú...

Aquí Rosetta bajó la vista, y las dos permanecieron en silencio por algún tiempo. Quizás brotaban nuevas preguntas y nuevas dudas en sus corazones poco explorados por la experiencia de la vida. Había en ellas inquietudes latentes, inexplicables para sus mentes limitadas, pero que sentían como un problema próximo a aparecer. La más afectada, sin embargo, era Rosetta, debido a su excesivo desarrollo, que tenía todos los visos de heredar el extraordinario físico de su madre, o de superarla aún en volumen. Y la pobre muchacha se afligía al contemplar los desproporcionados contornos de su silueta. Pero también tenía sus problemas íntimos, muy de su edad y condición, que se tiene la necesidad psicológica

de confesar alguna vez, pero sólo a quien tiene corazón para comprender y simpatizar.

Por eso pasaban juntas largas horas transmitiéndose mutuamente sus pensamientos y preocupaciones, aunque la que siempre tenía más que contar y preguntar era Rosetta.

Antes de despedirse esa noche de Margot dijo que le quería preguntar una cosa más. Algo más tímida que de costumbre, comenzó a hablarle de Sinforiano, el novio que le buscó su madre.

—Tú sabes, Margot, que yo no lo quiero. Si por mí fuera le daría con la puerta en las narices. Pero entonces se me viene mamá encima. Y cuando mamá se enoja ya sabes lo que me espera. Ahora van tres veces que Sinforiano me insinúa un mal camino. Se opone a que vaya a la Escuela Dominical, insiste en que vaya con él al cine, quiere que me pinte los labios y las uñas, porque, dice, así deben ser las chicas modernas.

Ahora no sé qué hacer, a Sinforiano no lo quiero, pero le tengo miedo a mamá. ¿Qué piensas tú? ¿Qué podría hacer?

—Creo, Rosetta, que te amenaza un grave peligro. Yo no te puedo sacar de este apuro, pero le voy a decir a la señorita Stella Eunice para que hable contigo y con Doña Filomena. Mientras tanto, te aconsejo que te cuides mucho de ese muchacho.

—Sí, Margot. Hace días quería decírtelo, pero no me animaba. Me faltaba valor. Ahora me siento como aliviada. Yo no quiero ser una chica mala, quisiera ser buena, como tú, Margot...

Rosetta se cubrió el rostro con ambas manos, y prorrumpió a llorar.

—¡No llores, Rosetta querida! Tú serás una buena chi-

ca . . . Nuestra buena maestra nos va ayudar para salvarte del peligro que te acecha. Ella es una buena amiga y muy sincera. Siempre está dispuesta para el bien. Además, si tú quieres, el Señor te ha de proteger. ¿No quisieras que oremos a él y le pidamos su protección, y fuerzas para resistir al mal?

—Sí, Margot, ora por mí, para que me proteja el Señor y salve mi alma. Quiero pertenecerle y darle mi corazón, mi vida, todo mi ser. Pídele que salve también a mis padres. Que Dios toque sus corazones endurecidos y los haga más buenos, para que haya paz en mi casa . . .

El llanto de Rosetta era incontenido y abundante. Y Margot lloró serenamente con su amiga. Tomó cariñosamente sus manos entre las suyas, y oró así:

"Querido Padre celestial. Tú eres el Padre de los huérfanos, de los pobres, y de los tristes. Venimos a ti en esta hora porque te necesitan nuestros corazones. Pero más te necesita Rosetta, mi amiga, que está muy triste a causa del pecado que la acecha. Ella no quiere ceder, antes quiere darte su corazón. ¿La recibirás como hija amada que regresa a su Padre, o la rechazarás? Sí, Padre amado, sé por Jesucristo que la recibirás con los brazos abiertos, y te gozarás en perdonarla como me perdonaste a mí. ¡Que tu Gracia la proteja de todo mal!

"También te pido que toques el corazón de sus padres. los haga más buenos y se conviertan a ti.

"Por amor a Jesús. Amén".

—¡Amén!, repitió Rosetta.

Luego se levantó y abrazó a Margot con un abrazo fuerte y largo, mientras lloraba en forma intensa.

—Ahora sé que Dios me ha perdonado. Mi vida le pertenece sólo a él, Margot.

—¿Por qué lloras entonces, Rosetta? ¿No te sientes feliz?

—Sí, me siento enormemente feliz. Tal vez sea ésa la causa porque lloro. Se lo contaré a la señorita Stella Eunice, y con ella, juntas las dos, se lo diremos a mamita. ¡Hasta mañana, Margot!

—¡Hasta mañana, Rosetta!

Y Rosetta salió con su ancha cara toda encendida por el llanto, mientras que en el ambiente del cuarto de Margot, como emanación de su rostro angelical, flotaba una aureola de paz, y las fibras de su espíritu vibraban todas como movidas por una ola de inmensa felicidad.

CAPITULO X

La invitación de Rosetta para que visitara a Margot dejó algo confundido al "Chano". El no era muy conocido de Margot, apenas la había saludado alguna que otra vez al salir o entrar. Además, esa niña no se entretenía inútilmente en la vereda como otras, antes se cuidaba mucho, y no se metía con nadie. Pero a pesar de la aparente distancia que los separaba aceptó gustoso la invitación.

"El Chano" era señor y dueño soberano de su ser entero durante toda su vida. Había quedado huérfano a los cuatro años. Una tía regañona y blasfema lo recogió y maltrató mediente castigos y torturas durante otros cuatro años. Cuando contaba ocho se escapó de la generosa protección de la tía, para vivir prácticamente en la calle, ganando su pan vociferando diarios y lustrando zapatos. Tal era su vida desde hacía cinco años. Hacía unos meses que alquilaba un tabuco semejante a una ratonera, en la casa de inquilinatos que regenteaba Doña Filomena, la que le daba también el desayuno.

Su aspecto no impresionaba favorablemente. Había algo de salvaje en sus maneras. El pelo lo llevaba siempre desgreñado y áspero, reluciente de grasa y betún. El rostro, agrietado y granilloso tenía un color oscuro a causa de las inclemencias del tiempo a que estaba siempre expuesto. Los labios, gruesos y salientes, estaban partidos en el medio

y sangraban cada vez que se reía. La nariz era chata y ancha, los pómulos abultados, los ojos negros y chispeantes bajo dos negros arcos de abundantes cejas. La voz era ronca y seca. Sus hombros caídos tenían la prolongación de dos brazos largos, cuyas manos estaban perpetuamente ennegrecidas por el betún y la anilina. Sus dedos parecían aplastados en las puntas, de las cuales algunas uñas habían sido arrancadas. Estaban todos ajados. Su ropa era raída, y andaba casi siempre descalzo. Fumaba y escupía constantemente. El ideal de su vida consistía en ganar lo suficiente para comer "piza" con vino, comprar cigarrillos y estar en la "popular" los domingos por la tarde para ver jugar a Boca. Si se podía "colar", tanto mejor.

Margot conocía su historia y su vida, y por esa razón había simpatizado con él, y sin reparar en ello, lo estimaba tiernamente.

En el gran patio bermejo de la casa de inquilinato brincaban algunos chiquillos que jugaban al "rango". Era de noche, y hacía frío.

En la puerta de Margot alguien golpeó ásperamente las manos. Era "El Chano", que venía a cumplir con el primer compromiso social de su vida. Jamás había visitado a nadie, y no sabía cómo conducirse.

—¡Pasa, "Chano"!, resonó una voz del interior del cuarto. Te estaba esperando. No sabes la alegría que me causas al venir a verme. Siéntate aquí, junto a mi cama.

"El Chano" estaba todo torpe, y no le salían las palabras. Cuando quiso sentarse erró la silla y sentó violentamente en el suelo, pero se puso de pie como movido por un resorte. Quedó desconcertado.

—Es la mala luz, "Chano", observó Margot, para suavizar la situación. ¿Te hicieste daño?

—No me hice nada, no me hice... Estoy acostumbrado a peores golpes, estoy...

Dicho esto comenzó la tarea de comerse presurosamente las escasas uñas que ostentaban sus embardunados dedos.

—Como puedes ver estoy reducida a esta cama. Este cuarto es mi mundo. Para no aburrirme me estoy dedicando a la tarea de tejer para otros. ¿Tienes tú un saco de lana?

—Yo no necesito saco de lana, no necesito... No le tengo miedo al "sáfiro", no le tengo...

—Me han regalado mucha lana. ¿Ves ese paquete allá en la esquina? Te eliges el color que más te guste, y te voy a tejer uno.

La mirada del muchacho brilló de contento.

—¿Cómo van tus trabajos? ¿Se gana?

—Hay "rachas" en que se gana. Pero también hay días que no ligo nada, no ligo... Los diarios me salvan la situación. Hoy tuve un día que valió la pena. Había mucha propina. Es que estamos a principios de mes, y todo el mundo se lustra. Antes de las diez ya me había ganado cuatro pesos con treinta guitas. Y ahora estoy esperando la "Sexta", y pienso sacar algo más... pienso.

—¡Qué linda ganancia!

—Todo depende del lugar, depende... Hoy parecía que todo el mundo me buscaba a mí, me buscaba... Pero también hay días, como cuando llueve, que no hago nada, no hago...

"El Chano" había dominado su torpeza inicial y hablaba

hasta con cierta soltura y animación. Ambos hablaban como dos viejos amigos.

Después de una media hora de charla Margot preguntó a su visitante:

—"Chano", quisiera pedirte un favor. ¿Estarás dispuesto a complacerme?

—¿De qué se trata? ¿Se puede saber?

—Quisiera que mañana, a las tres de la tarde, me vuelvas a visitar.

—Ese no es un gran favor. Yo he hecho otros mayores. Pero, ¿por qué a las tres de la tarde? ¿No podría venir de noche, como hoy?

—Es que pienso empezar aquí una Escuela Dominical, y quisiera tenerte entre mis alumnos.

"El Chano" se desconcertó de nuevo.

—¿Qué?... ¿Jugar a la escuela?... ¿Yo?... ¡Pero eso se deja para las criaturas, se deja!...

—¡No, no! Tú no me entiendes. Será una Escuela Dominical seria y formal.

—¿Y quiénes van a venir? ¿Muchachos grandes también?

—Creo que no. Vendrán tres nenas y un nene, además de Rosetta. Pero venga quien venga, quiero que tú estés presente.

—Te prometo visitarte otras veces para entretenerte un rato, pero eso de venir a jugar a la escuela con nenes no me gusta. ¡Cómo quedaría yo entre los chiquitos!

—Pero no vamos a jugar, te lo digo en serio. Bien sabes que a causa de mi enfermedad no puedo asistir a las reuniones evangélicas, y por eso quiero tener una aquí. Te pido que vangas esta sola vez, y si no te gusta no vengas más; de mi parte no voy a insistir.

La mirada profunda y melancólica de Margot era toda una súplica.

"El Chano", puesto de pie, con unas enormes rodilleras que apuntaban sobre sus pantalones, no sabía qué hacer. Pensaba en Boca, cuyo triunfo, seguro y fácil, se había propuesto saborear desde hacía días. Además, no le hacía ninguna gracia la idea de sentarse como un chiquilín y jugar un juego inocente, carente de atractivos para él. La situación era realmente embarazosa, y para aliviarse había vuelto a la tarea inicial de alimentarse con una nueva comilona de uñas. Margot había dejado de tejer y fijado su mirada suplicante e interrogativa en él. ¿Qué hacer? En el interior del pobre muchacho se desencadenó una lucha terrible. Después de todo tenía un alma generosa, que sentía y simpatizaba con los más débiles. Cuando se fijó en el rostro pálido de Margot, cuando pensó en su soledad y tragedia, su corazón se volcó decididamente a favor de ella. Volvió a mirarla para decirle que vendría, cuando en la débil luz que iluminaba el rostro pálido de la enferma asomaban dos lágrimas, que brillaban sobre sus párpados. Quiso hablar, pero no le salía la voz. La emoción lo embargaba. Los músculos de su rostro se contrajeron y le daban un aspecto horriblemente feo. Por fin se cubrió el curtido rostro, y amenazó prorrumpir en llanto, pero sus pupilas estaban secas, y su llanto se asemejaba a una especie de gruñido. Hizo varias tentativas, pero no pudo llorar. Por fin habló, y dijo:

—¡Pero no llores, Margot, que me hace mal! ¿No vez que yo no puedo llorar?

—Siento haberte creado esta situación, "Chano". No vengas si no vas a estar a gusto.

—Sí, sí... voy a venir. No te lo podía decir no más. Había algo que me apretaba la garganta.

—¡Gracias, "Chano", gracias!... Y al decir esto Margot tomó entre sus blancas manos la muy ajada del muchacho y se la apretó efusivamente. Cuando la hubo dejado, éste se miró la mano y paseó luego su mirada de sorprendido hasta el rostro de Margot, para volverla a fijar en su mano. Nunca le habían dado la mano, y nunca sintió una expresión de tan efusiva cordialidad como ésa. A través de su recuerdo, oscurecido por las sombras de la lucha por la vida diaria, parecíale rememorar las caricias de una mano que lo mecía. Era el lejano recuerdo de su madre, que en su horizonte de niño habíase disipado ya casi por completo, y cuya memoria reaparecía fugazmente con el apretón de manos de Margot.

—Me voy, Margot, porque esta manera de hablar me emociona demasiado. Siento que algo me quiere quitar la respiración, y si no respiro me muero. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana, "Chano"!, y no olvides, a las tres de la tarde...

—Sí, a las tres de la tarde.

Y así salió del cuarto aquel muchacho que vivía solo en el mundo, sin amigos, sin parientes, sin la prodigalidad del cariño. Una mezcla de emociones y de sentimientos que nunca antes había tenido, derritió el hielo de su pobre corazón. Pensaba que Margot era un ser extrañamente bueno, y que si en el mundo hubiese más seres de esa clase, la vida sería menos dura y más llevadera. Se sentía plenamente feliz.

Aquella noche Margot no podía conciliar el sueño. Los pensamientos brotaban atropelladamente en su cerebro virginal haciendo que experimentara la más variada gama de sensaciones. La alegría que alternaba con la duda, la asaltaba de continuo, sembrando verdadera confusión en su corazón. ¡Qué satisfacción iba a experimentar en su corazón en el trabajo por el Señor! Pero, ¿vendrían los niños? Y si vienen una vez, ¿volverían el próximo domingo? ¿Qué podría hacer ella para retenerlos? Tal era la lucha que se desarrollaba en su pequeño ser, cuyos sentimientos eran tan nobles como puros son los rayos del sol. Por fin, cansada ya de tanto cavilar en su cerebro, encomendó sus inquietudes a Aquel que todo lo sabe y todo lo ve, entregándose, por fin, a un profundo sueño.

La mañana estaba radiante. El tibio sol otoñal invitaba a la vida. En el tejado, frente a la puerta de Margot, dos gorriones se bañaban alegremente en la luz del sol matinal, agitando sus inquietas alitas, y ordenando con sus piquitos sus plumas humedecidas.

—Hasta los pájaros se arreglan porque es domingo, se decía Margot, mientras que a mi pobre cuarto no entra ni siquiera un rayo de sol.

Sus pálidas mejillas se humedecieron y su pecho se agitó ligeramente.

Al poco rato llegó Rosetta, y entre ella y Margot, ensayaron los coritos que iban a cantarles a sus niños en la escuela de la tarde. Su momentánea tristeza se disipó por completo, y en su corazón reinó de nuevo una inmensa alegría.

Eran las tres de la tarde, una tarde apacible y llena de luz. Tres niñitas, con sus rizos de oro y blancos vestiditos, cruzaban el patio en dirección al cuarto de Margot. A medida que se acercaban a la puerta aminoraban el paso, y

una procuraba ponerse detrás de la otra, en el deseo de no ser la primera en entrar.

—Entra tú primera, "Viví", dijo "Pirula", con un gracioso mohín.

—No, yo tengo miedo. No quiero ser la primera.

—Entonces voy a ser yo la primera, dijo Dorita, una niña de unos siete años, que resueltamente se adelantó y saludó desde la puerta a la maestra que las aguardaba.

Margot las recibió amablemente, mientras que Rosetta se afanaba por ubicarlas junto a la cama. Las tres niñas estuvieron todas mohínas, pese al gran esfuerzo de Margot por ganarse su confianza y simpatía, entre tanto que aguardaban la llegada del "Chano", que al fin entró tan torpe y no menos cohibido que en la anterior ocasión. La presencia de las tres criaturas y de Rosetta, cuyo físico prometía incalculables proporciones para un futuro no lejano, y que ofrecía marcado contraste con todos los presentes, lo había desconcertado de una manera total.

—Quiero que te sientes muy cerca de mí, "Chano". Pienso que me puedes ayudar. Me alegro muchísimo que hayan venido todos, y espero que hemos de pasar un rato muy hermoso y útil. Pero tenemos que tomar confianza entre nosotros. Aquí todos somos buenos amigos, dispuestos a comprendernos los unos a los otros. ¿Nunca oyeron hablar de Jesús, el Salvador de los hombres y Amigo de los niños?

La pequeña "Viví" dijo que no, mientras que las otras dos niñas hicieron un gracioso movimiento afirmativo con sus cabecitas. "El Chano" miraba al suelo, y Rosetta escudriñaba con curiosa mirada en el rostro de todos los presentes.

—Entonces, dijo Margot, vamos a comenzar con un relato muy interesante. Escuchen:

"Hace muchos, pero muchos años, que Dios estaba sentado en su trono de oro y luz, rodeado de multitud de ángeles que cantaban y alababan su Nombre. En el cielo la dicha y la armonía eran perfectas. Entonces quiso Dios, el Padre, hacer dichosos a otros seres, y aumentar con sus alabanzas las glorias de su Nombre. Ocupado en ese pensamiento decidió crear, tomando de la nada, esta tierra, las estrellas que brillan en el firmamento, los peces que viven en la profundidad de las aguas, las aves que vuelan, las plantas, las flores y los árboles del bosque, los animales que en él habitan, y, finalmente, al hombre. De todas las cosas que Dios creó, amó más al hombre, porque lo había creado a su imagen y semejanza. Por eso hizo un hermosísimo huerto, con toda clase de árboles frutales, que eran maravillosamente ricos. En ese huerto había arroyuelos en cuyas aguas cristalinas jugueteaban alegres pececillos de mil distintos colores, y sus orillas estaban bordeadas de hermosas plantas y perfumadas flores. También había aves de vivos plumajes que cantaban tiernísimas melodías. Y los animales, el tigre y el león, no eran malos ni salvajes. Allí no hacía frío ni calor, era siempre primavera. Ese jardín fué un verdadero paraíso, como también se le ha dado en llamar. Y bien, en ese lugar Dios puso a nuestros mayores, Adam y Eva, para que vivieran felices por muchos y largos años. Allí podían comer lo que deseaba su corazón, menos del fruto de un árbol que se llamaba "el árbol de la ciencia del bien y del mal". Pasó algún tiempo, y Dios solía visitarlos y pasearse con ellos en las hermosas avenidas del Edén, a la caída de la tarde. Pero un día, día

triste y nefasto para los seres humanos, nuestros mayores desoyeron la voz de Dios y comieron del fruto del árbol prohibido. El Diablo, en forma de una serpiente, los había engañado con su diabólica astucia. Inmediatamente fueron abiertos sus ojos, es decir, se avergonzaron de sí mismos, porque conocieron el mal que habían cometido al desobedecer la voz de Dios, y se escondieron de su presencia.

"En vista de que nuestros primeros padres fueron desobedientes e ingratos para con Dios, haciéndose malos, El tuvo que expulsarlos del Paraíso, aunque esto quebrantó su tierno corazón de Padre de amor. A la entrada del jardín puso ángeles con una gran espada flamígera, que cortaba el aire en todas direcciones, para que nadie nunca más se acercara a otro árbol prohibido.

"Cuando Adam y Eva salieron del Paraíso tuvieron que pisar espinas, y sufrir el frío en invierno y el calor en verano. Tuvieron que hacerse chozas de barro y de ramas de árboles, y comer las hierbas del campo. ¡Cuánto tenían que sufrir a causa de un solo acto de desobediencia!

"Dice una leyenda que cuando estuvieron solos, en medio de un inmenso desierto, Eva se puso muy triste, y comenzó a llorar amargamente. Entonces la naturaleza se asoció a su dolor, y comenzó a llorar también. Desde el cielo comenzaron a caer muchas gotas de lágrimas que se transformaban en nieve antes de llegar a la tierra. En poco rato toda la tierra quedó cubierta de blanca nieve, como una inmensa sábana blanca: los árboles, las rocas, las hierbas, todo. Antes que Eva se diera cuenta, bajó un ángel del cielo, enviado por Dios, reunió muchos copos de nieve, y en menos tiempo que lleva un abrir y cerrar de ojos, transformólo en hermoso ramo de flores. Luego se acercó

a la desconsolada Eva, se lo ofreció como regalo, y agregó estas consoladoras palabras de esperanza: "¡No llores más, "madre Eva! He aquí el mensaje que Dios, vuestro Padre, "os envía desde el cielo: Venid luego . . ., y estemos a cuen- "ta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la "nieve serán emblanquecidos: si fueren rojos como el car- "mesí, vendrán a ser como blanca lana."

"Desde entonces Eva no lloraba más. Sólo esperaba ansiosamente el día del cumplimiento de esa promesa.

"Pero pasaron los años y los hombres se hicieron más malos, se alejaban cada vez más de Dios. Caín se ensañó en su hermano Abel, y lo mató; los pueblos se vanagloriaban de sí propios y se edificaban torres para perpetuar su nombre; los reyes tiranizaban a sus súbditos, y las cortes mataban a los profetas que les indicaban sus pecados.

"En vista del creciente mal de los hombres el corazón del Padre se puso muy triste, y se propuso redimir el género humano. Pero, ¿cómo? ¿Qué méritos eran suficientes para cubrir los océanos y más océanos de pecados de los hombres?

"Presentóse entonces un ángel y pidió a Dios que le encomendara la misión de salvar a los hombres. Pero Dios, después de meditar un tiempo, le dijo: "Tus méritos no bastan para tan magna tarea!" Después se presentó un querubín, ofreciéndose para realizar la misma tarea, mas su ofrecimiento tampoco pudo ser aceptado por falta de méritos. Después se presentó un serafín, expresando su deseo de ir a la tierra para realizar la salvación de los hombres. Pero también esta vez no pudo ser aceptado tan generoso ofrecimiento, porque sus méritos tampoco eran suficientes.

"Seguían corriendo los siglos y la oscuridad se hacía más

y más densa sobre la humanidad, y su alejamiento de Dios era cada vez mayor. Entonces vino el Arcángel y se ofreció para redimir a los hombres. Pero Dios tuvo que contestarle: "Aunque vinieran todos los santos ángeles, los querubines y serafines, y reuniéramos sus muchos méritos, éstos no bastarían para salvar a los hombres de sus pecados. Conozco tus méritos, noble Arcángel, y los tengo en alta estima, y aunque los sumáramos a los méritos de todas las innúmeras huestes celestiales, no serían suficientes aún para la humana redención. No puedes ir, por lo tanto, Arcángel, porque tus méritos tampoco bastan."

"Pero el amantísimo y único Hijo de Dios, que estaba presente y colaboró en la creación de los mundos y de los seres que lo habitan, conocía y compartía la tristeza de su Padre. Por eso se presentó ante su Padre y le manifestó su resolución de rescatar a todos los hombres de la perdición. Pero Dios le dijo:

—Tendré que desprenderme de ti, lo mejor y más querido que tengo en los cielos.

—No importa, Padre, yo también sacrificaré tu amor por algún tiempo, con tal que lo dediques por entero a los hombres desdichados y caídos.

—¿Qué méritos ofreces, Hijo amado?

—El sacrificio de mi vida, si necesario fuere sacrificarla.

—Los hombres no tolerarán tu justicia y tu santidad, y te matarán.

—Pues moriré a manos de los hombres, siempre que mi muerte signifique para ellos redención y vida eterna.

"Fué entonces que prepararon, El y el Padre, el plan de la salvación, y cumplidos que fueron los tiempos vino Jesús al mundo para nacer como todos los hombres. Fué

niño como los niños y creció como crecen los niños. Vivió entre los hombres y murió en una cruz por los hombres. El probó todas las vicisitudes humanas, desde su primer paso hasta el último. Por eso se le llama el perfecto Hijo del Hombre.

"Cuando la maldad de los hombres lo clavó en una ignominiosa cruz, él exclamó y dijo: "Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen." Y Dios perdonó, perdona y perdonará siempre a todos los que invocaren el nombre de Jesús y su méritos.

"Pero cuando El murió y fué puesto en la tumba, al tercer día resucitó, venciendo, en esta forma, definitivamente la muerte y el pecado. Y ahora está en el cielo, a la diestra del Padre, y cual héroe glorioso, coronado de gloria y de lustre, intercede a nuestro favor."

Tal fué el relato de la primera lección que dió Margot.

—Y bien, por hoy basta. Me siento muy cansada de hablar. Ahora vamos a cantarles un corito con Rosetta, y luego lo van a aprender ustedes.

Hubo un movimiento de curiosidad y cambio de postura en los oyentes, el primero después de haber escuchado absortos el relato de Margot. La melodía del corito fué aprendida con relativa facilidad. "El Chano" también cantó, es decir, sus desafinados gruñidos se intercalaron en todo el transcurso de la canción haciéndola aparecer desentonada. Pero así y todo gustó a la improvisada reunión.

Las tres niñas se despidieron muy amables y prometieron regresar el próximo domingo. Rosetta también se fué muy contenta, y sólo "El Chano" se quedó unos instantes más. Tenía sus dudas y preguntas que hacer. La voz dulce de Margot lo había cautivado y se sentía como atraído por ella.

—¿Es verdad, Margot, todo lo que has dicho?
—Sí "Chano", es cierto, completamente cierto.
—¿Estoy yo en la categoría de los perdidos?
—Si no has confesado a Cristo tus pecados y entregádole tu vida, tu alma estará irremisiblemente perdida. Pero si confías en Jesús, entregándole tu corazón y lo aceptas como tu único y suficiente Salvador, tu alma será salva por toda la eternidad.

Pobre "Chano", sentía como una piedra en su corazón. Nadie nunca jamás le había hablado en esa forma. El necesitaba sentir el cariño de alguien, de un amigo en quien depositar su confianza, cosa ésta que siempre le había faltado en el camino de su azarosa vida. A pesar de su aspereza exterior, tenía un corazón que también abrigaba sentimientos buenos e impulsos nobles. Margot le había hablado de Jesús y de su sacrificio por los perdidos, y su corazón necesitaba de una amistad así, como la de Jesús, sincera, grande, hermosa y desinteresada. Y si él era el Amigo y Salvador de los desheredados, de los huérfanos, de seguro que podía ser también su amigo, porque él se sentía huérfano y solo en el mundo. Y el pobre muchacho que nunca había sentido el hálito tibio de un gran cariño, se despidió de aquella buena muchachita, cuyas palabras habían iluminado su vida y le hicieron entrever un nuevo sendero de paz y felicidad.

Cuando "El Chano" salió del cuarto de Margot, el sol desaparecía detrás de los tejados de las viejas casas del barrio. En sus ojos asomaba alguna lágrima y su curtido rostro estaba encendido. En su corazón brillaban los albores de un nuevo día cuyo tinte feliz proyectaba multiformes coloridos sobre la nueva senda de su existencia.

CAPiTULO XI

La amistad entre el señor Cammor y el doctor del Río había cuajado en hermosa realidad, símbolo de la comprensión mutua y recíproco aprecio. Eran dos caballeros consumados, cuyos puntos de vista coincidían en muchos y muy distintos aspectos de la vida. En sus horas libres solían encontrarse para compartir el reposo y discurrir acerca de los innumerables temas que salen al tapete en las conversaciones elegidas al azar. Pero había un tema sobre el cual la opinión del uno y la experiencia del otro diferían diametralmente, y tanto uno como otro lo sabían. Por esa razón se cuidaban de eludir el choque, aunque amistoso, de sus ideas.

En las excursiones que el señor Cammor y el doctor del Río acostumbraban hacer en busca de expansión bajo alguna tibia tarde de sol, solían ser regalados con la compañía grata y amena de la señorita Stella Eunice, hija del primero. Cuando tal sucedía el señor Cammor se limitaba a escuchar las conversaciones de su hija con el amigo del Río. Admiraba en ella la vivacidad del pensamiento, la aguda penetración de su espíritu y la fina sensibilidad interior que se manifiesta sólo en las personas de genio frente a lo bello y lo agradable. Pero sobre todo le entusiasmaba la admirable maestría de que hacía gala para virar la conversación hacia el tema de su preferencia, y

dejar caer, a través de los intersticios de una y otra opinión, y cada vez que encontraba propicia la ocasión, alguna que otra semilla sacada de la alforja de sus cuantiosas experiencias de vida cristiana. Discurría con sumo acierto sobre letras, arte, historia, problemas sociales, etc., y revelaba poseer un elevadísimo concepto del hombre o la mujer que ha escuchado la voz de la vocación y consagrádose por entero a ella.

A medida que transcurría el tiempo los vínculos de esta amistad se hacían cada vez más firmes y más cordiales. Pero quien se hallaba más encantado de sus nuevos amigos era, sin duda, el doctor del Río, y cada vez que la señorita Stella Eunice no podía acompañarlos en sus excursiones no podía sustraerse a cierto sentimiento de pesar. Diríase que ella era algo así como el eje en torno del cual giraba toda la vida de aquellas tertulias.

Además de las esporádicas excursiones en las tardes de fiesta, el doctor del Río solía frecuentar la casa de sus amigos, con quienes cenaba haciendo gala todos ellos de cordialidad y camaradería. Además, con ellos le era dable hacerse de nuevas y excelentes amistades. Sin embargo, se retiraba temprano debido a su insaciable pasión por el estudio. Pero la imagen de Stellita, como él gustaba llamarla, lo acompañaba a todas partes y lo comenzaba a preocupar. El recuerdo de su gracia genuina y no fingido candor solía paralizar todas sus facultades mentales y sumirlo en profundo y agradable sopor. Aunque estaba en la plenitud del vigor juvenil y poseía fecunda inteligencia a la vez que inquebrantable decisión, comenzó a sentir que la imagen de aquella muchacha dominaba su mente, penetraba en su corazón, perturbaba sus horas de estudio y

subyugaba su voluntad. A veces solía tomar una tira de papel para componer algunos versos, cuyo tema era, claro está, su encantadora amiga. Luego los rompía, para volver a ensayar otros, con mayor o menor acierto, dedicados también, como los demás, a su musa adorada. Sus libros con sus preciosos capítulos, quedaban en los estantes o yacían amontonados sobre su mesa de trabajo. Dormía tarde, y sus pocas horas de sueño no eran bien aprovechadas. Comenzaba a sentir que sus nervios no tenían la serena calma de antes, sus operaciones no resultaban tan felices, su cariño y consagración a los enfermos iba a menos. Y la comprobación de tales irregularidades lo fastidiaba, tornándolo insoportablemente rebelde. ¿Qué hacer? ¿Dónde estaba la causa de esos males? ¿Por qué su mente no se sentía libre e independiente como antes?... ¡Ah!, esos nuevos amigos, esas excursiones, esas cenas, esas tertulias... en una palabra, esa simpática muchacha de ojos negros, cuya profunda mirada hacía vibrar de emoción su alma; esa voz celeste, sideral, cuyo bien modulado eco lo acompañaba a todas partes; ese espíritu reposado y sereno que tanto despertaba su admiración por ella; en fin, esa presencia delicada, ebúrnea, subyugadora, en cuya contemplación tanto se deleitaba, era, en suma, la causa, la única causa de todos los trastornos de su vida.

—¿Qué? ¿Una amiga, nada más que una amiga, una muchacha como cualquiera otra ha de perturbar mi vida, restarme tranquilidad y horas de sueño, a tal extremo de no sentirme dueño de mi soberana voluntad? ¡Yo soy el doctor Eugenio del Río, la futura eminencia del país en fracturas y enfermedades óseas, y ninguna mujer, ni siquiera la señorita Stella Eunice ha de interponerse en el

camino ascendente y triunfal de mi vida y desviarme del triunfo y de las glorias que me esperan! ¡Fuera con ella de mi pensamiento! ¡No iré más a cenar con ella, ni me quedaré para la hora de la tertulia!

Tal era la resolución que se había tomado el joven y flamante galeno.

Era un miércoles, y el día siguiente, jueves, tenía que cenar con los Cammor, de acuerdo con la invitación permanente que de ellos había recibido, y a la que él había obedecido hasta entonces con fiel puntualidad. Pero ahora se devanaba los sesos por inventar una excusa que justificase su no asistencia.

—Les diré que mis obligaciones profesionales me impiden acompañarlos. Pero, me dirán ¿cómo otras veces no se lo impedían?

—Diré que me siento indispuesto. Pero vendrán a verme. Y si acierto en dar con una excusa que justifique mi actitud por esta vez, ¿qué razón aduciré para la próxima? No puedo estar mintiendo siempre. Pero, bueno, no importa, les diré cualquier cosa, la que se me venga en ganas. Tengo que salir de este mal paso. Tengo que sacrificar esta amistad a cualquier precio, aunque sea . . . aunque sea . . . bueno, aunque sea . . . a . . . a . . . costa de la mentira o la desatención. ¡No iré más! ¡No!

El jueves a las siete y treinta de la noche el doctor del Río fué al baño y tomó una ducha fría, cuya violencia lo dejó casi helado, cortándole medio la respiración. Tiritaba de pies a cabeza. Al cabo de un rato, y mientras se frotaba con la toalla, entró otra vez en calor. Luego se acercó al teléfono, hizo girar con admirable destreza el disco, colocó el auricular sobre su oído y asumió una postura de desafiante espera. En el otro extremo sonaba insistentemente la campañilla. Un ruido seco indicaba que alguien había descolgado el tubo. Ya no podía desistir. ¿Qué diría ahora? Si es el señor Cammor, el sincero amigo que lo apreciaba con cariño casi paternal, ¿lo engañaría? Si por el contrario, es la señorita Stella Eunice ¿qué tono de desinteresada indiferencia adoptaría para explicarle el motivo de su llamada? En eso oyó una voz clara y firme que decía:

—¡Hola! . . . con la casa del señor Cammor . . .

Era una voz de mujer, pero no la de Stella Eunice. Debía ser la voz de la buena Francisca, cuyo acento parecíale reconocer a través de la distancia.

—¿Está el señor Cammor?

—No ha regresado aún.

—¿Y su señorita hija?

—Acaba de salir, pero regresará dentro de breves instantes.

La voz del doctor del Río se había puesto trémula, y sus músculos estaban tensos. La noticia de la ausencia del señor Cammor y de su hija hicieron que se sintiera aliviado, aunque un tanto insatisfecho. Después de todo no hubiera sido malo escuchar la voz agradable de Stella, que insistiría en que fuera . . .

—¿Puedo saber quién ha llamado, señor, para decirles cuando regresen?

—Vea . . . no importa. Este . . . carece de importancia . . . No se moleste.

Y colgó el tubo. Luego se pasó la mano por la frente, que estaba húmeda y traspirada. Miró el reloj. Eran las ocho menos cuarto. En la casa de los Cammor cenaban a las ocho y media. Tenía treinta minutos para afeitarse y

vestirse, y quince para cubrir la distancia que los separaba. Echó una mirada de resolución a su derredor, volvió al baño y se afeitó escrupulosamente. Luego se vistió elegantemente, impecablemente, y al cabo de muy poco se hallaba sentado junto al volante de su "Super Six" devorando distancias en dirección al Parque Patricio.

¿Qué había sucedido? Sencillamente que el elegante doctor del Río, el valiente doctor del Río, el indomable doctor del Río estaba profundamente enamorado, perdidamente enamorado, y él, el conocedor de todos los achaques humanos, no se había dado cuenta del suyo propio.

La cena había transcurrido normalmente, como en ocasiones anteriores. Sólo que la conversación de sobremesa se había prolongado hasta entrada la media noche. El momento había sido demasiado ameno como para sacrificarlo antes. Los conceptos expresados por Stellita en aquella noche con su característica chispa de sano buen humor tocante a la vida, sus derechos, deberes y privilegios en sus mil distintas manifestaciones sociales y culturales habían permitido al caballero del Río formarse una idea cabal de su vasta educación y delicados sentimientos, así como también del noble y elevado espíritu de aquella magnífica mujer.

El doctor del Río no era refractario al matrimonio, aunque nunca había pensado seriamente en él. Había vivido consagrado al estudio y al trabajo, merced a cuya virtud había conquistado un título de honor y el goce de una beca en el exterior, pese a su modesto origen de provinciano. Su verdadera pasión, su única pasión, había sido su afán de progresar, dedicado por entero al estudio y al trabajo, a cuya tarea se había consagrado hasta entonces.

Hacía unos diez años que había arribado a la Capital,

procedente de una provincia lejana, del norte del país. Viajaba de segunda clase, por no existir una tercera, u otra más inferior aún. Traía una valija de cartón en que estaban todos sus efectivos personales, además de un atado de libros. Usaba un traje marrón, algo descolorido a causa del constante uso. Era de confección, y de regular calidad. No tenía otro. Los zapatos eran negros, y aunque escrupulosamente remendados hubieran absorbido suficiente humedad como para resfriar al más refractario de los humanos a ese achaque universal. La camisa conservaba el recuerdo del almidón con su brillo fugaz, pues no había sido lavada aún, y la corbata, de un azul muy vivo, también emitía alguna luz. Las dos prendas eran nuevas. El sombrero, teñido de negro, ostentaba de nuevo algunas manchas que reaparecían bajo la tintura. Con todo no eran muy visibles. Parecía bien cuidado y otorgaba cierta elegancia a quien lo usaba.

En la estación nadie lo esperaba. No tenía parientes ni contaba con amigos o conocidos. Sólo tenía la dirección de una casa de pensión de un barrio de Belgrano, que un amigo de ese pueblo le había puesto en el bolsillo en el momento mismo de la partida.

Dispuesto a medirse escrupulosamente en sus gastos no tomó un "taxi", sino que averiguó qué línea de tranvía lo dejaría próximo a la apuntada dirección.

Era una casa de dos pisos, vieja. El frontispicio todo descolorido, no ofrecía un aspecto que invitaba a la hospitalidad. Por encima de la enorme puerta, y a cada lado, hacían su grotesca aparición dos macizos balcones de estilo colonial. Los postigos de las ventanas estaban cerrados.

El recién llegado dejó caer pesadamente por tres veces consecutivas, el pestillo del llamador, cuyo metálico repi-

queteo producía un eco ronco allá lejos, en el ámbito del enorme patio del interior. En contados segundos apareció la dueña de la pensión, mujer cuarentona, en cuyas facciones era dable observar pasadas desventuras, cuyas crueldades habían contorneado su rostro con expresivo dejo de dolor.

Se saludaron y conversaron por espacio de breves momentos. Luego atravesaron juntos el patio, para subir, finalmente, por una vieja escalerilla de hierro. Frente a la buharda le señaló la habitación con vistas a los techos y tejados de las casas vecinas, en cuyos patios mecíanse las pértigas cargadas de ropas de todos los usos y colores.

El cuarto era horrible. Las paredes incoloras estaban húmedas y enmohecidas. El piso era de baldosas color bermejo. Algunas estaban sueltas, y rotas algunas otras. El techo había sido blanqueado alguna vez. Blanquecinas manchas de cal así lo denotaban. Una mesa de pequeñas proporciones, una cama, una silla y una percha en la pared era todo el moblaje de aquella covacha, que para una persona amante al espacio era más la jaula de un prisionero que la habitación de un hombre libre.

Allí se instaló el viajero y comenzó a hacer sus cálculos equilibristas referentes a las finanzas de aquel primer año de vida de ciudad. Cuarenta y cinco pesos mensuales de pensión, sin el desayuno. Seis de lavado, otros seis de tranvía y ómnibus; libros, ropas, peluquería, etc., cuarenta pesos más. Jamás pensó en enfermarse. Total de gastos al año: $ 1.140. El arrendamiento de su campo, única herencia de sus padres, le reportaba 1.500 pesos anuales. Le sobraban 360.

Metido en aquella tumba abierta, estudió sin descanso durante dos años, hasta que aprobó, con notas sobresalientes, el bachillerato como alumno libre. El ejercicio de su intelecto le reportaba deleites indecibles, a tal extremo que el estudio le parecía la más grande de las dichas humanas.

Nunca pensó en el cine, el teatro, las carreras, el café y la mesa del billar. Y si alguna vez le asaltaba la sed de diversión la ahogaba con el recuerdo de la estrechez de su bolsillo. Apenas tenía algún amigo que lo visitaba de vez en vez. Amaba la soledad y el silencio.

Sus horas de expansión consistían en alguna que otra caminata por Palermo o la Costanera. Pero de ahí no pasaba.

Un día el amor llamó furtivamente, tímidamente, a las puertas de su corazón. Había llegado secretamente hasta su pecho, nacido, sin duda, de una oculta simpatía.

Era Enriqueta una criatura encantadora, inocente, dulce, ingenua. Hija única de la posadera, ayudaba a su madre en todo lo que era capaz de realizar a la edad de diez y seis años. Sin que Eugenio lo notara, aquella muchacha fresca y guapa fué posesionándose de su habitación, trayéndole el agua, llamándolo para la cena, o invitándolo, a pedido de la madre, a tomar algunos mates con ellas. El tiempo, la estrechez, los infortunios, quizás, los habían unido como a hermanos, y en más de una ocasión Eugenio llevaba alguna revista para leerle algo interesante en presencia de la madre, y amenizar la hora del mate, ya que no era muy locuaz para explayarse sobre algún tema propio o comentario de actualidad. En tales ocasiones Enriqueta escuchaba con unción casi religiosa las lecturas de Eugenio, y aprovechaba la distracción de la madre, ocupada en el bien servir del mate, para mirar y admirar con el rabillo de su ojo veloz el rostro pálido de aquel muchacho que le parecía el único hombre hermoso en el mundo.

Pasaba el tiempo, y los dos jóvenes se amaban silenciosa-

mente, ingenuamente. Y cuando Enriqueta era sorprendida por la mirada de Eugenio en el preciso momento que ella lo contemplaba absorta, se ruborizaba toda entera, y desaparecía tan pronto como le era dable hacerlo.

Ambos estaban conscientes de su cariño, pero no hablaban del asunto. Se conformaban con mirarse.

Enriqueta solía cruzar el patio modestamente vestida, mientras Eugenio la seguía desde su cuarto con la mirada anhelosa. En cada uno de sus movimientos se revelaba toda la admirable simetría de su firme cuerpo virginal cuyo talle esbelto la hacía sencillamente bella. En esos momentos Eugenio hubiera querido gritar a los cuatro vientos que la amaba con delirio. La hubiera querido llamar por su nombre y decirle todas las cosas dulces que por ella sentía en su corazón. Pero se conformaba con verla alejarse con gracioso ademán, porque las palabras se le congestionaban en la garganta y le faltaba valor para decirlas.

Hacía un mes que Eugenio había ingresado en la Facultad de Medicina, y estudiaba y leía con una sed insaciable. Enriqueta y su madre se sentían orgullosas de tener entre sus pensionistas a un futuro Doctor en Medicina. Pero este sentimiento despertó la envidia de los otros pensionistas, que no tardaron en manifestar su desprecio por el apreciado doctorcito. No desperdiciaban oportunidad para molestarlo con sus bromas e indirectas, ruidos y carcajadas, burlas y apodos, hasta que descendieron al terreno inmundo de la calumnia, acusándolo de traicionar a la dueña de la pensión con su hija. Semejante vileza indignó a Eugenio hasta la raíz de su cabello, pero, como siempre, no habló. No era su costumbre hablar.

Un día se enteró de que Enriqueta había sido brutalmente castigada por la madre. La noticia lo consternó primero, lo horrorizó después, y, finalmente, lo indignó hasta las entrañas. Pero él se sintió culpable, a pesar de todo. Fué entonces que salió a la calle y llamó a un destartalado camión para mudarse. Al enterarse Enriqueta de su decisión se deslizó hasta su cuarto con los ojos llorosos y suplicantes. Le relató minuciosamente lo sucedido. Eugenio se puso pálido como un papel. Sus nervios se crisparon de terrible indignación y su corazón fué invadido por una ola de incontenible deseo de venganza. Se sentía agraviado en lo más vivo de su ser, pero una vez más se contuvo.

—Me mudo, le dijo con tono aflictivo.

El corazón de Enriqueta saltó en su pecho. Al cabo de un rato dijo:

—¿Vendrás a verme alguna vez?

—¿Para que vuelva a pegarte tu madre?

El rostro de la niña se tornó rojo de vergüenza, y las lágrimas asomaron en sus dos grandes ojos. Hubo un largo silencio entre ambos. Eugenio seguía amontonando libros y papeles, formando atados con ellos, y ordenando minuciosamente los bultos, uno encima de otro. Por fin Enriqueta volvió a romper el silencio:

—No importa Eugenio, igual quiero que vengas.

—Vendré cuando sea Doctor, pero no para visitarte, sino para llevarte conmigo. Al decir esto su voz adquiría el tono salvaje del hombre orgulloso y ofendido en su amor propio. Nunca había hablado así. Quedó sorprendido de sí mismo.

Luego bajó para arreglar su cuenta con la patrona, a quien explicó detalladamente el motivo de su actitud, y le hizo comprender que ella sola era la culpable de esa situación debido a las imprudentes alabanzas de que lo hacía objeto entre

los demás comensales de su casa. Cuando le dió la mano para despedirse casi lloró. Parecía que el corazón se le había subido a la garganta. Por fin cargó sus libros y escasos efectos personales; dió una última mirada a aquel cuartucho, nido de tantas vigilias, sueños e ilusiones. Luego salió. Cuando se disponía a tomar asiento junto al chauffeur, oyó una voz que lo llamaba, pese al horrible estertor del motor del viejo camión. Al volver la mirada vió que era Enriqueta. La pobre muchacha se las había arreglado para llegar hasta el viejo balcón y ver la triste escena de la partida del Eugenio de su corazón.

—¡Adiós Eugenio!, repitió con tono angustiado. El sollozo la ahogaba, y su bello rostro encarnado se humedecía de llanto.

Eugenio hizo ademán de bajar, pero se detuvo en el estribo. El viejo vehículo se convulsionaba con los acelerados preliminares de la partida. La máquina echaba humo como una chimenea en plena función. Por fin, el camión dió un salto, crujió en todas sus coyunturas, y volvió a saltar, para iniciar lenta y penosa marcha sobre el adoquinado de la calle, dejando una ráfaga de denso humo al pasar. A Eugenio sólo le quedó tiempo de decir:

—¡Adiós, Enriqueta!...

Luego desapareció tras el viejo vehículo automotor.

Pasó un año y algunos meses, y Eugenio no había vuelto a la vieja pensión de Belgrano. Entre tanto había aprobado el primer año de medicina y rendido con feliz resultado algunas materias del segundo año.

Un día sintió nostalgias. El viejo barrio lo llamaba insistentemente. Tenía deseos incontenibles de ver a Enriqueta. Tal vez su madre no se opondría ahora a que la salude y

hable con ella. Total habría comprendido la verdad, al fin. Quiso hacerle un regalo para reavivar en ella el recuerdo de su amor. La idea lo entusiasmó, y pasó por una confitería, donde compró una hermosa caja de bombones. Lleno de satisfacción se dirigió a Belgrano, pensando en Enriqueta y la alegre sorpresa que le causaría su regalo.

Cuando dejó caer el pestillo de la puerta tembló todo entero de emoción, y, como tres años atrás, también en esta ocasión salió a recibirlo la dueña de la vieja pensión, pero esta vez más encanecida y melancólica que entonces. Cuando lo vió se dibujó en su rostro una amarga sonrisa, que hablaba más de remordimiento que de alegría. Conversaron un rato en el zaguán, y, por fin, entraron. Frente a la cocina que daba al patio, estaba sentado un cuarentón desmesuradamente obeso, cuyo abdomen cubría parte de sus piernas. Apoyaba ambos codos en una mesa grasosa y maloliente, y leía un diario escrito en su propio idioma. Su barba erizada tenía el aspecto del alambre en punta. Era calvo. Por encima del borde del cuello de la camiseta hacía su aparición un verdadero bosque de pelos crispados. Los ojos azules contrastaban horriblemente con el granate de su mofletuda cara. Frente a él había un enorme vaso con algún resto de cerveza en el fondo, y cuyo fermento había atraído y congregado un verdadero enjambre de moscas. El espectáculo de aquel renacuajo humano repugnó vivamente a Eugenio. Pero hizo lo posible por disimular, y tragó saliva.

En el otro extremo de la mesa, y en una silla algo baja, se sentaba una mujer joven, destocada, que surcía medias. Estaba pálida, marchita, miserablemente vestida. El cuello de su batón estaba descomunalmente abierto. A su lado, en una vieja cuna de madera amarillenta, dormía plácidamente un

bebé. Cuando la mujer levantó la vista, Eugenio reconoció a Enriqueta. Con intuición meteórica lo comprendió todo: el bebé era su hijo, y el hombre su marido.

Eugenio se puso lívido. Las piernas le temblaban. Quería gritar, pedir socorro, o enfurecerse y atropellar con los ojos cerrados como el toro cuando está airado, pero la casa, el patio, las plantas, todo comenzó a danzar en vorágine loca en su derredor. Quería tomarse de la columna más próxima, pero al dar el primer paso se desplomó.

Tres días necesitó para reponerse de aquel "shok", en cuyo transcurso sacrificó para siempre el recuerdo de aquel primer amor, que había acariciado tan sólo a la distancia.

Desde entonces no volvió a pensar ni preocuparse por ninguna otra mujer.

CAPITULO XII

Era la última noche del ciclo de conferencias evangélicas. El templo estaba repleto. Los porteros estaban empeñados en la tarea de ubicar a los invitados que llegaban en crecido número, pidiendo a los miembros que cedieran sus asientos. Pero pese al esfuerzo y a la buena voluntad que se ponía de manifiesto, muchos tuvieron que quedar de pie. Y seguía llegando gente. Entre los muchos que entraban estaba el señor Cammor y su amigo, el Doctor del Río.

A las ocho menos cinco las manos expertas de Stella Eunice transformaban las caricias del teclado del órgano en las notas de un trozo de Haydn, para predisponer el espíritu de los asistentes. El murmullo de voces cesó casi automáticamente, y las miradas se levantaban de las Biblias abiertas o himnarios y estaban atentas a la admirable ejecución de aquella sublime página musical. La atmósfera se tornó propicia para dar lugar al imperio del Espíritu, y la armonía sutil invitaba al recogimiento y a la meditación. Algunas generosas almas cristianas se dejaban transportar en alas de la imaginación hasta las alturas inmaculadas de Dios, y se deleitaban en el goce anticipado de sus divinas promesas; otras, no menos piadosas, inclinaban la frente y musitaban alguna plegaria; y otras, en cambio, bebían los raudales de música que partían impetuosas del órgano y llenaban con sus efluvios sonoros el espacio. Cuando las tonadas comenzaron a declinar

suavemente, como el sol en un atardecer, para dar paso a la agonía postrera de aquel preludio, dos hombres de Dios se pusieron de pie para encaminarse reverentemente hacia las gradas del sagrado púlpito. Vestían sendos trajes negros, con camisas de un blancor inmaculado. El Pastor Solano Maguer ocupó de inmediato la cátedra evangélica, mientras que el invitado, ilustre evangelista, se sentó en una de las clásicas sillas color marrón obscuro, forradas con terciopelo de púrpura. El órgano estaba dando las últimas señales de vida, dejando escapar algunas notas en su postrer agonía. El silencio se hizo profundo, total, expectante. Las miradas todas se dirigieron hacia el magnífico hombre de Dios que, emocionado, estaba de pie ante su amada congregación. De sus labios brotó el anuncio del primer himno, que fué cantado con entusiasmo por la concurrencia. Luego elevó la invocación inicial sobre aquella hermosa reunión. Fué tan sentida y ardiente su oración que conmovió al auditorio entero. Sus palabras fluían como una corriente que brota ininterrumpidamente de un cristalino manantial de aguas vivas. Hubo momentos en que el espíritu experimentaba la sensación de un vuelo sideral por las regiones del más allá, donde sólo llega la mirada de fe de las almas puras; en otros, elevaba al alma a las cumbres de una montaña, para ofrecer, a la vista, la hermosura deleitosa de un paraíso, con sus árboles y sus frutos, sus campos y collados, sus ríos y sus fuentes; en otros, en cambio, parecía que el cielo mismo se hubiera abierto y Dios descendiera de su trono de luz para hacer morada entre los hombres. El final fué corroborado por un ardiente y vigoroso ¡amén!, repetido al unísono por toda la congregación. Algunos ancianos y ancianas secaban silenciosamente alguna lágrima que pendía de sus párpados.

Luego se leyó un Salmo, fueron hechos los anuncios, y el coro estable de la Iglesia entonó a cuatro voces esta canción:

"A tu puerta Cristo está. ¡Abrele!
Si le abres, entrará. ¡Abrele!
Tu pecado quitará,
Luz y paz derramará,
Día alegre te será. ¡Abrele!"

"Abrele, oh pecador. ¡Abrele!
Abre ahora al Salvador. ¡Abrele!
Te ofrece salvación,
Del pecado el perdón,
Saciará tu corazón. ¡Abrele!"

"Oh, no le hagas esperar. ¡Abrele!
Tal vez pronto marchará. ¡Abrele!
¡Qué dolor después tendrás!
Cuando en vano clamarás,
Y perdido te hallarás. ¡Abrele!"

La última estrofa fué repetida suavemente, y coreada, a pedido del Pastor, por toda la concurrencia. El órgano adornaba definidamente con sus delicadas armonías aquella emanación sublime de las almas, cuyo fervoroso culto ascendía al trono de Dios como perfumada ofrenda de un sacrificio voluntario y espiritual.

El terreno estaba definitivamente preparado, y los corazones empapados con santos anhelos de acercarse a Dios. Era el momento propicio para recibir en su seno la sublime semilla del Evangelio de paz. Con esa certeza de convicción,

el Pastor Solano Maguer entregó la reunión al ilustre invitado de aquella magnífica jornada espiritual. Este ocupó la sagrada cátedra con el aplomo y la característica del hombre que se sabe respaldado por Dios. Inició su disertación con marcada sencillez, aduciendo algunas razones y pruebas que lo indujeron a tratar el tema anunciado. Pero en contados momentos, y haciendo gala de una admirable destreza oratoria, se situó detrás del asunto, desentrañando el grano de su mensaje. Muy pronto cautivó la atención de todos los oyentes, poniendo de relieve ante sus mentes y corazones la inconsistencia de una vida sin Dios, la enorme tragedia del alma perdida y el espantoso sufrimiento, y los estragos que causa al corazón enfermo la acción del pecado, no sólo en la presente vida, sino, y especialmente, en la ultraterrena. Contrastó admirablemente las miserias del hombre distanciado del Creador con las siquezas sublimes e imperecederas que atesora el alma salvada por el sacrificio de Cristo. Citó las ventajas de todo género y orden que reporta la sumisión a Cristo, tanto en el orden individual como en el social, para hacer una dramática apelación final a las conciencias, a fin de que se percataran del peligro que corrían al permanecer indiferentes frente a una cuestión de tan vital importancia como lo es la salvación del alma, y elevaran su mirada al Salvador, único suficiente y capaz, que les extiende los brazos, diciendo: "Venid a mí todos". Su prédica cálida y sincera, que brotaba de un corazón apasionado por las almas, y que sentía arder en sí cada una de las palabras de su mensaje, tenía un irresistible poder de atracción. Para algunos había sido como el martillo que golpeaba en las barreras infranqueables de su corazón; para otros era semejante a una ascua incandescente que quemaba en sus conciencias;

para otros, en cambio, parecía un bálsamo que producía suaves efectos bienhechores en el alma. Con el poder de su palabra el predicador había reunido en un solo puño a sus oyentes. El recogimiento era total, y todos estaban pendientes del final, cuya profunda expectación preludiaba la sensación de un acontecimiento victorioso.

—Hoy, dijo el predicador, hemos visitado con vuestro noble Pastor, a una niña enferma, imposibilitada para moverse por sus propios medios. Pertenece a esta Iglesia. Cuando entramos en su cuarto semiobscuro, nos tendió desde el lecho sus pálidas manos. Jamás olvidaré en mi vida el relato de su infortunio. Era toda calma y resignación. Junto a su pobre lecho comprendí la sublime misión de la resignación cristiana. Habíamos ido para consolar, y salimos consolados; queríamos enseñar, y salimos aprendiendo. Y cuando me dijo que en lo que nosotros la creíamos desdichada, ella se sentía profundamente feliz, que había experimentado la bienaventuranza de los que lloran, "porque, como Jesús dijo, ellos recibirán consolación", y que podía repetir sin ninguna clase de dudas las palabras que el Maestro dijo en su agonía del Getsemaní: "No como yo quiero, sino como tú", no pude sino experimentar un sentimiento de admiración frente a un alma tan hermosa y tan pura. Cuando nos despedíamos dijo que estaría en oración toda esta hora, intercediendo ante Dios por vosotros, pero que especialmente rogaría por algunos amigos que le prometieron asistir a este servicio cristiano, para que regresen a su Dios y le rindan a él sus vidas.

Y ahora ¿quién de vosotros quiere regresar al Padre en esta hora suprema? La niña inválida está intercediendo por vosotros. Veo muchos rostros de hermanos inclinados, que también están en oración. Y Jesús está a la puerta de cada

corazón, llamando y esperando que le abran para entrar. ¿Le dejaréis entrar? El disipará toda incertidumbre, todo temor. ¿No le dejaréis entrar? Entonces seguirá reinando la oscuridad y tremenda aflicción.

A esta altura de la invitación el tono de su voz adquirió un timbre irresistiblemente cautivador. Y mientras el coro comenzó a entonar con la suavidad de un lejano murmullo las melodías de:

Ven a Cristo, ven ahora;
Ven así cual estás;
Y de él sin demora
El perdón obtendrás.

Cree y fija tu confianza
En su muerte por ti;
El regocijo alcanza
Quien lo hiciere así.

Ven a Cristo con fe viva,
Piensa mucho en su amor;
Y no dudes reciba
Al más vil pecador.

El anhela recibirte
Y hacerte merced:
Las puertas a abrirte
Al eterno placer.

El siervo de Dios comenzó a invitar con voz conmovedora a las almas a que pasasen al frente y se rindieran a Cristo.

El momento adquirió caracteres de gran solemnidad. De todos los sectores del vasto templo surgían corazones contritos para testimoniar su adhesión a Cristo mediante un apretón de manos al siervo del Señor. El desfile de arrepentidos fué impresionante. Ancianas que musitaban palabras de gratitud, niñas que denotaban espontánea decisión en sus rostros. Aquí un joven con el corazón compungido, allá una señorita con los párpados humedecidos. Y entre los muchos que habían aceptado a Cristo esa noche, estaba "El Chano", el agente Otello y el Doctor del Río, tres doradas gavillas, traídas al alfolí del Padre por una pobre niña que no podía caminar, inválida para toda su vida.

CAPITULO XIII

La noche siguiente, lunes, el agente Otello vino al cuarto de Margot para comunicarle la noticia de su conversión, a la vez que para permanecer unos momentos con ella con el fin de distraerla. Su rostro estaba radiante, y su mirada denotaba paz y felicidad. Cuando la hubo saludado cariñosamente, notó que estaba excesivamente pálida.

—¿Qué te pasa Margot? ¿Te sientes muy enferma?

—No, no me siento enferma, sólo estoy muy cansada.

—Temo que esté haciendo un esfuerzo muy superior al que debe, intervino el abuelo. Está empeñada en enseñar en una Escuela Dominical que ella misma ha formado con niños de esta casa. Yo creo que eso es demasiado para ella.

—Yo pienso lo mismo. No debes abusar de tus energías, sino por el contrario, debes reservarlas. Además no te conviene hacer esa clase de juegos.

—No me explico por qué llaman ustedes un juego a lo que para mí es un trabajo, y de los más serios. Yo quiero hacer algo útil para mi Señor, quiero ser una misionera.

El agente Otello sonrió apaciblemente, y luego dijo:

—Siempre he creído que un misionero es un hombre que cruza el océano, se introduce en regiones donde no ha llegado la civilización, para enseñar la religión cristiana a los paganos.

—Es cierto, dijo Margot, entusiasmada. Pero la señorita

Stella Eunice dice que también se puede ser misionera en casa; que abundan los perdidos en el vicio en nuestras ciudades; que hay miles y miles que nada saben de Cristo y la salvación que El ofrece.

—Quería darte una noticia, Margot. Creo que te gustará, y te pondrás muy contenta. Anoche fuí a la reunión que me indicaste, y allí le entregué mi vida a mi Salvador. Yo fuí uno de esos paganos a quien tú enseñaste el camino de Cristo. Doy gracias al cielo por haberte conocido...

Alumbrados por la débil luz de la habitación, brillaban dos angostas cintas húmedas en las mejillas de la niña, y sus ojos emitían destellos de luz. Era la alegría de su corazón que se manifestaba de tal guisa.

—¡Gracias a Dios, dijo, por haber escuchado mis oraciones! Esta mañana vino un niño de mi escuela, y me dijo que anoche, en la misma reunión, había rendido su corazón a Cristo. Y esta tarde llegó también el Doctor del Río y me manifestó la misma experiencia. La señorita Stella Eunice ya me contó detalladamente la hermosa cosecha de almas que hubo anoche. Mis aspiraciones y deseos están colmados en esta tierra, y la gracia de las bendiciones divinas ya no cabe en este mi vaso frágil y pequeño. Siento una dicha que desborda de mi corazón como cántaro que está lleno, y quisiera salir por las calles, correr por los campos, volar hasta las estrellas para contar al mundo entero esa felicidad que yo siento. Pero no puedo... no puedo... gracias a Dios... que ha sido tan bueno para conmigo...

El débil pecho de la niña se agitaba convulsivamente, mientras su espíritu caía como en un éxtasis que la transportaba al imperio de la perfecta felicidad, al más allá de las almas generosas.

Luego hubo un prolongado silencio en que Margot no abrió los ojos. El anciano, en tanto, se quedó dormido.

Cuando la niña abrió sus ojos, límpidos como dos luceros que brillan en la noche, vió que su amigo permanecía a su lado. La mirada profunda que dejó caer sobre él, denotaba todo el sincero afecto que sentía por él. Era una mirada que inspiraba compasión.

Otello quiso hacer algo por ella, cualquier cosa, pero no sabía qué. Al fin le preguntó si no se cansaba permaneciendo siempre en la misma postura, a lo que ella contestó afirmativamente.

—Entonces te voy a alzar en mis brazos, para que descanses de esa posición. ¿Quieres venir a mis brazos, Margot?

—¡Sí, quiero ir!

Otello la envolvió cuidadosamente en una manta, y luego la alzó en sus robustos brazos, paseándola lentamente por el recinto de la habitación. Margot se apoyaba con uno de sus brazos en el hombro de su amigo, y se abandonó por completo al abrazo de sus fuerzas. Después de unos instantes de silencio, dijo:

—¡Qué sensación de agradable placidez produce el sentirse llevado por fuerzas superiores a las de uno mismo!... ¡Cuánto bien me hace esto!...

—¿No te levanta nunca nadie?

—¡Quién me va a levantar!... Abuelito no tiene fuerzas suficientes; Rosetta no sabe cómo hacerlo, y Doña Filomena no tiene tiempo. Sólo la señorita Stella Eunice suele arreglarme las almohadas para apoyarme mejor. Pero no puedo esperar que ella me alce como usted. Ella es una mujer, y, por consiguiente, no tiene la misma fuerza de un hombre.

—Vendré a alzarte otras veces, Margot.

—¡Gracias! Usted me hace recordar a mi padre. El también solía alzarme así.

—Yo seré tu padre, Margot.

—¿Quiere decir entonces que usted me quiere de veras?

—Mucho. Como si fueras mi propia hija.

Hubo un largo silencio. La niña se había entregado a un infantil arrobamiento, que rayaba en una especie de éxtasis.

—¿Estará durmiendo Abuelito?

—Veamos, dijo Otello. Y se acercó lentamente al rincón en que estaba el anciano. Este había entrelazado los dedos de sus dos manos, en actitud de oración, inclinado su cabeza sobre el pecho, y dormía plácidamente recostado en su viejo sillón.

—Duerme, dijo Otello suavemente.

—Entonces le voy a pedir un favor. ¿Me lo va a conceder?

—Sí, Margot.

—Lléveme al patio, suplicó la niña.

Otello la llevó al inmenso patio de la casa, y la paseaba de uno a otro extremo. Ya eran las nueve pasadas, y todos los inquilinos estaban con las puertas cerradas. Margot miraba constantemente hacia las alturas. El trozo de cielo que se dejaba ver, cuyo marco rectangular estaba trazado por los techos oscuros de las casas vecinas tenía un fondo azul, ligeramente oscurecido por las sombras de la noche, y caprichosamente salpicado por infinidad de hermosas estrellas. Otello se recostó contra el broquel de un viejo aljibe, y comenzó a mirar también él las estrellas. Su luz cambiante les infundía vida y movimiento. Por momentos parecían verdaderas escrituras puestas en aquella inmensa página del firmamento, para asemejarse, después, a plateados adornos que hermoseaban aquella noche otoñal. Ellas titilaban sobre el inmenso

fondo azul como si temieran a la oscuridad nocturna, o pretendieran esquivar las miradas melancólicas de las almas soñadoras. Hacía un frío húmedo, silencioso, penetrante, que preludiaba una helada. Bajo aquellas lejanas estrellas, testigos mudos de su infortunio, la vida de Margot se extendía como un enorme lienzo, cuyos extremos terminaban allí donde comenzaba su recuerdo de niña. ¿Qué había sido la vida para ella? Amarguras y sinsabores. ¿Qué porvenir le deparaba? Silencio y olvido. Sin embargo, no se quejaba. Sabía que aquellas estrellas eran sus hermanas, que un mismo Dios las había creado, y que alguna vez, ella también, como las estrellas en su fulgor, resplandecería en el fondo diáfano del inmenso cielo azul. Por eso las miraba fijamente con su mirada profunda y triste, como si las quisiera atraer con el brillo de sus propios ojos y abrazarlas con el encanto de su alma noble y generosa.

Y el buen amigo, el hermano Otello, la sostenía en sus robustos brazos, fija la mirada en la suya, y feliz de contribuir al vuelo imaginario hacia las regiones celestes de la pobre niña inválida.

Los dos ojos de Margot se habían encendido y enviaban sus furtivos fulgores hacia las serenas alturas, como correspondiendo a la luz que desde lo alto le remitían aquellos astros nocturnos. De pronto dijo:

—Hermano Otello. ¿Ve aquellas estrellas?

—Sí, Margot, las veo.

—Pues bien, pronto estaré entre ellas. Allí están mis seres amados, los que me precedieron en el viaje de la eternidad. Quizás me estén viendo aquí abajo, en este momento. ¡Oh, si tuviera alas como un cóndor... Volaría ahora mismo hasta aquella mansión de dicha y de celeste paz! ¡Oh, si el Señor

me buscara pronto... muy pronto... quisiera estar con El!....

—No debes pensar así, Margot, la interrumpió el noble Otello. Tu ausencia nos pondría muy tristes a todos tus amigos.

—Es verdad. La separación nos suele entristecer. Lo sé por experiencia personal. Pero me imagino innenarrable la dicha de haberse uno reunido a los suyos para siempre, allí, donde no habrá separación. El corazón me lo dice que pronto estaré con Jesús y los míos. Siento como que su voz amada me estaría llamando...

—¿Y no temes pasar por el oscuro túnel de la muerte?

—¿Como he de temer? Jesús es la luz del mundo: El está en todas partes con los suyos, y donde El está no puede haber tinieblas, ni aun en la tumba. Además, guardo con cariño una promesa que El hizo a los suyos, y que yo hago mía: "No se turbe vuestro corazón: Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; de otra manera os los hubiera dicho. Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os aparejare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis". ¿Cree usted que tengo motivos para dudar y temer con semejante promesa dicha por sus propios labios?

Otello no contestó, pero la acercó más a sí mismo y le prodigó un prolongado abrazo paternal. Luego dijo:

—Eres la niña más buena que he conocido. Feliz de tí, que tienes una confianza tan firme, una fe tan grande...

Margot comenzó a toser, y pidió volver a su cuarto. Su buen amigo la colocó suavemente en la cama, la cubrió bien y se despidió de ella con un tierno beso que le estampó en

la frente. Luego se encaminó dichoso a su casa, mientras Margot se dormía plácidamente, dulcemente, como arrullada por la canción de sus estrellas queridas.

CAPITULO XIV

Era un viernes, trece de mayo. Numerosas eran las amistades que habían desfilado por la casa del Señor Cammor para presentar sus saludos y congratular a su señorita hija en su veintiún cumpleaños. Otras muchas la habían felicitado telefónicamente, o por telegramas y cartas. Y Stella, como toda mujer agasajada, se había dejado embriagar un poco por el sentimentalismo romántico propio a los momentos soñadores. Con cada obsequio que le llegaba, con cada ramo de flores, sentía como el llamado misterioso de una voz secreta, que le anunciaba algo hermoso, y grande en la vida, aunque ella no acertaba a explicarse los motivos de tales presentimientos. Verdad es que nunca antes había experimentado tales emociones.

Stella Eunice había llegado a los veintiún años, educada y criada en un ambiente de cristiana liberalidad, y nunca había faltado a la confianza que su noble padre había depositado en ella, y con quien mantenía una amistad tan íntima como sincera. Había perdido a su madre desde muy niña, cuya imagen se había encarnado en la suya propia. Tenía la generosidad propia de las almas puras, cuyo encanto reside más en la dulzura que siembran espontáneamente a su paso, y que se manifiesta en todos los actos de su vida que no en las acciones estudiadas y premeditadas. Su belleza espiritual era como el aroma de una rosa, que por emitirlo, es aprecia-

da. Quizás haya sido esa la razón por la cual todos la admiraban respetuosamente, porque ella misma era como una rosa, aterciopelada, que florecía con todo su esplendor, y ninguna mano, por insensible que fuese ante el dolor ajeno, se atrevería a herirla.

La cena había transcurrido en un ambiente de cordialidad y franca camaradería, y todos los invitados se sentían tan a gusto como en su propia casa. Es que los Cammor tenían esa particularidad: cuando ofrecían su casa a un amigo, lo hacían con ese calor que nace de la espontánea sinceridad de las almas que, al prodigar su amistad, prodigan también el corazón entero.

En torno a aquella mesa íntima se había creado una atmósfera familiar. Entre bocado y bocado se gastaban bromas inocentes y de feliz acierto, que contribuían a estrechar más los vínculos que unían a los comensales. Pero tampoco faltaron motivos de conversación seria, en que participaban todos los invitados. El momento había sido tan ameno que todos tuvieron que reprimir un sentimiento de pesar cuando se puso fin a aquella reunión. El Pastor, señor Solano Maguer, invitado de honor, pronunció algunas palabras alusivas al significado de aquel sencillo acto de amor, y puso término al mismo elevando una oración de gracias, cuyo motivo. principal fué la agasajada, a la cual encomendó especialmente a los cuidados y protección de Aquel que sabe más que nadie valorar la generosidad y virtud de sus hijos sobre esta tierra. Luego pidió permiso para retirarse, pues debía obedecer el deber que le imponía su vocación. El señor Cammor también se excusó ante sus invitados, pues tenía que acompañar al Pastor a una reunión de diáconos de la Iglesia de la cual formaba parte.

Nadie tomó a mal la actitud de los dos hombres, pues todos conocían los elevados fines de sus actividades, ya que casi todos los amigos eran miembros de la misma familia cristiana. Estos se quedaron una hora más, departiendo amablemente y haciendo grato el cumpleaños de Stellita.

Las horas habían transcurrido con excesiva rapidez en aquel ambiente de cordialidad, y debido a lo avanzado de la hora los invitados comenzaron a despedirse, uno tras otro, no sin expresar su pesar por tener que abandonar tan feliz instante. En contados momentos Stella Eunice y el Doctor del Río quedaron solos, frente a frente, en la sala de recepción. Los ojos de Stella se midieron con los de Eugenio, y un sentimiento de rara angustia invadió su corazón de mujer delicada y pura. Sus mejillas se encendieron vivamente mientras hacía un enorme esfuerzo por sobreponerse a su ocasional desconcierto, y en el preciso instante en que se disponía a hablar, Eugenio se le adelantó:

—¿Debo irme, Stella, o puedo quedarme?

Stella abrió la boca para hablar, pero no pudo. Su lucha interior aumentó visiblemente. Quiso decir algo, cualquier cosa, para desembarazarse de aquella ola de confusión, pero lo único que pudo hacer fué bajar la vista.

Eugenio gozaba interiormente de la situación, y dijo:

—¿Tanto la desconcierta la presencia de un médico?

La voz de Eugenio tenía un timbre extraño, aunque resuelto. Después de un instante Stella dijo:

—A los médicos siempre hay que temerles, máxime cuando hacen un examen clínico.

—Pero usted no está enferma. Además ¿no soy su amigo?

La pregunta fué hecha en un tono de amable y fino reproche, y dejó aun más desconcertada a la joven, que sentía

que una ola de rubor le caminaba por todo el cuerpo. Sentía que algo extraño pasaba en aquel momento, que una emoción por ella desconocida invadía todo su ser. Se sentía sin voluntad, débil, como dominada y vencida por la mirada de aquel hombre que permanecía resuelto frente a ella, y cuya presencia le infundía una sensación a la vez de bienestar y de temor. Hubiera deseado que se fuera y que se quedara. Sabía que su mirada certera de clínico consumado reposaba sobre ella y la penetraba, lo que aumentaba aun más su confusión. Tenía deseos de prolongar aquel instante a la vez que gritar en demanda de auxilio. Pero su voluntad estaba como paralizada, no se sentía dueña de sí misma. Eugenio del Río dominaba perfectamente la situación, y comprendía el estado de ánimo de Stella, a la que observaba, dejando transcurrir intencionalmente aquellos segundos de intensa emoción. Presintiendo que la crisis interior de la joven estaba próxima a estallar, se adelantó y dijo:

—¿No responde a mi pregunta? ¿No soy, acaso, su amigo?

Stella lo miró con mirada suplicante. Sus ojos nocturnos emitían un brillo tenue, dulce, sideral... Al fin pudo decir:

—Sí, usted es mi amigo. Pero...

El tono de su voz fué intensísimo, aunque trémulo.

—Pero ¿entonces?

Stella no respondió.

—Entonces, me voy...

La pobre muchacha no podía despegar sus labios, pero le dirigió una mirada tan profunda que parecía encerrar todas las emociones que acaban de sacudir las fibras más íntimas de su corazón.

Eugenio del Río se dirigió a la percha del "hall", tomó su oscuro sobretodo y se lo puso. Stella observaba sus movimientos. Luego, y mientras se colocaba sus finos guantes de cuero, se acercó de nuevo a Stella para despedirse. Obró fingiendo, frío, como ofendido. Cuando se hubo vuelto, con el sombrero en la mano se dirigió al zaguán, resuelto a salir. Stella se adelantó maquinalmente unos pasos, y con voz firme dijo:

—¡Eugenio!... para agregar con tono implorante cuando éste se volvía:

—¡No se vaya!...

Hacía esfuerzos visibles por contener el llanto. Eugenio se volvió lentamente hacia la dulce muchacha, y cuando estuvo a dos pasos de ella, dijo:

—Bien, me quedaré, pero con una condición.

—¿Qué condición?

—Que me haga escuchar algunas melodías al piano.

Stella asintió complacida y se gozaba interiormente de poder retener algunos momentos más a aquel hombre singularmente correcto y amable, y que de alguna manera se había adueñado de su corazón.

El piano estaba frente a la puerta que comunicaba con el "hall". Sobre la pared, y un poco inclinado hacia adelante, pendía un cuadro con un fondo azul oscuro con finos marcos cromados. Era Jesús en el Getsemaní, de Hofmann, con esta inscripción al pie, grabada con diminutas letras:

"Por tu vida de amor,
Por tu llanto y dolor,
Por tu triste emoción,
En la fiera tentación,
Salvador, ayúdame,
Sin tu ayuda moriré.

Por tu agonía cruel
De tu fiel corazón,
Por tu sangre y sudor
En la noche del dolor,
Salvador, ayúdame,
Sin tu ayuda moriré.

Sobre el piano un pequeño florero de plata regalaba la vista con algunos pocos claveles rojos y blancos. Y en cada extremo dos pequeños marcos ostentaban bellos retratos del señor Cammor y de su señora esposa, fallecida a los pocos años de casados.

Stella se acercó tímidamente al piano y corrió suavemente, a uno y otro costado, el forro de terciopelo verde oscuro, cuyos pesados pliegues llegaban hasta el piso lustroso, en cuyo espejo se reflejaban sus bordes. El teclado apareció nítido, inmaculado.. Stella se ubicó ante el severo instrumento, miró por unos instantes el cuadro que tenía frente a sí, para acariciar luego, con singular ternura, el frío teclado de su piano extrayéndole una fuga de Bach. Eugenio, de pie, se deleitaba, unas veces, oyendo la armonía y suavidad de la música, otras, contemplaba los dedos perfectos que jugueteaban sobre el teclado, confundiéndose con su blancor o contrastando con el negro reluciente de la segunda línea, y, otras veces, admiraba el encanto de sus rizos de azabache o la simetría de sus hombros.

Después de agonizar la última nota del piano, Stella giró lentamente sobre el taburete, y miró toda enrojecida al impertérrito Eugenio. Este elogió la admirable interpretación, y pidió que ejecutara otra página selecta. La joven se levantó y sacó algunas piezas de la artística biblioteca de roble del rincón, y escogió dos entre las muchas. Abrió una y comenzó a ejecutarla con verdadera dedicación. Era el "Claro de Luna", de Beethoven, después de cuya realización inició "Canción de primavera", de Wagner, cuyos temas, realizados con verdadera unción y encomiable destreza, despertaron en el corazón de Eugenio del Río una inmensa sed de amor. Era como el despertar pujante de la naturaleza en el amanecer de

una aurora primaveral. Había cerrado sus ojos, y se extasiaba en los torrentes musicales cuya fuerza aumentaba como corrientes arrolladoras de aguas impetuosas, venidas desde lejanas alturas, o decrecía lentamente hasta parecer el murmullo apenas perceptible de un cristalino arroyuelo que fluye bordeado de verdes praderas. Parecíale como que la luna misma aparecía detrás de una nube rauda y densa, de plateados contornos, cuyo claro iluminaba la noche florida con las caricias de su serena luz, o que escuchaba el gorjeo de los pájaros desde el cercano bosque, poblado de pinos y acacias, y que sus caprichosas melodías crecían o decrecían según la fuerza de las alas etéreas que las traían hasta él. Y que en medio de todo, junto a una fuente siempre fresca y pura, rodeada de orquídeas y crisantemos, turquesas y tulipanes, inundada por un torrente de claridad sideral, y como adornando la soberbia escena aquella, de pie, como una estatua viva, estaba la mujer con que él soñara, envuelta en su manto de castidad como única protección de su gracia y virtud. Allí estaba la mujer ideal, perfecta. Con los ojos cerrados, la contemplaba con la mirada del alma. Tenía frente a sí la personificación del amor, de su amor, que había brotado con incontenible pujanza en su corazón.

En su arrobamiento, Eugenio la contemplaba así, envuelta en el manto virginal de su propia inocencia, aunque despierta y sensible, confiadamente entregada a la protección de su amado.

En un momento dado cesó la música, y cuando Eugenio abrió los ojos vió frente a sí la figura de Stella que lo miraba con su mirada profunda y ansiosa. Era la cristalización de su sueño. Era ella, la juventud, la primavera, el amor, la vida misma. Por un instante sintió una confusión de sen-

timientos que se agolpaban en su corazón y chocaban entre sí, pero pronto recuperó el dominio de sí mismo y se puso resueltamente de pie, dispuesto a afrontarlo todo. La miró por unos instantes, fijamente, tiernamente. Ella bajó la vista. Sus largas pestañas sombreaban ligeramente sus mejillas de carmín. La voz de Eugenio, trémula de emoción, quebró el silencio del cuarto.

—Tengo muchos motivos para estarle agradecido —dijo— a usted y a su señor padre. La amistad de ustedes me ha hecho conocer y apreciar el verdadero significado de la vida. Ustedes me son carísimos, y por nada del mundo los quisiera perder. Además, por la prudente mediación de ustedes tengo un Salvador, al que he prometido servir y obedecer todos los días de mi vida. Gracias a Dios, gracias a ustedes, gracias a la niña inválida, la pobre Margot, hoy gozo de la salvación. Pero quiero pasar a otra cosa. Hoy, esta noche, hace una hora, apenas, he sido motivo de confusión y de perplejidad para usted. Le ruego que no se ofenda. Los hombres solemos obrar así para medir el alcance de la amistad que nos une. Y nosotros somos más que amigos, somos hermanos. Pero créame, Stella, que yo necesitaba esta hora, como necesito el aire para respirar, la luz para ver, y el pan para vivir. Usted ha sido muy generosa al solazarme con el encanto de su música en esta hora tan inolvidable, que puede ser el fin de nuestra amistad, o el principio, tal vez, de algo más que la virtud de una amistad.

Stella le dirigió una mirada entre interrogativa y asombrada. Sabía que estaba asistiendo a un gran momento de su vida. Por eso prefirió callar y esperar el desenlace final.

—No me mire así, se lo ruego. No quiero abusar de su generosidad, pero si en este momento fuera poeta le diría a

usted en versos y palabras lo que expresa la intensidad de mi mirada... ¿Me ha comprendido, Stella?

Los párpados de la muchacha se humedecieron dando un brillo singular a sus ojos soñadores. Sus dedos jugueteaban nerviosamente con el diminuto diamante que adornaba su anillo. Luego se mordió el labio inferior, e inclinó lentamente, como sumisa, la cabeza. No habló palabra.

—Quería decirle —dijo Eugenio, y aquí su voz adquirió un timbre dramático—, quería decirle... Stella... ¡que la amo con toda mi alma! —La frase salió con la fuerza de un torrente impetuoso.

Stella se cubrió el rostro con las dos manos. Iba a llorar. ¿Era la única defensa que podía oponer a un hombre a quien sabía superior a la resistencia de su yo, o quería retener de ese modo la intensa emoción del momento? Ni ella pudo explicar ese ademán, nacido, tal vez, de la candorosa inocencia de su corazón inexplorado por las vibraciones fuertes de una pasión amorosa. Instintivamente, y como obedeciendo a la dirección misteriosa de una sonámbula, dió un paso hacia adelante. Eugenio, en el delirio de su amor, olvidado de sí mismo y del lugar en que estaba, la apretó contra su pecho varonil en un abrazo largo y feliz, mientras ella apoyaba su cabeza perfumada en su hombro como una cautiva que se rinde a su amo. Sus corazones así unidos y encendidos por la llama ardorosa de una misma pasión, permanecieron latiendo juntos por un largo rato, mientras que el vaho de su aliento se confundía como una emanación espiritual de dos almas que se habían buscado y encontrado mutuamente.

Aquellos dos enamorados, novicios los dos, hubieran deseado prolongar ese momento por toda una eternidad, pero

el tañido cruel de las campanas que vibraba en el ambiente, los llamó a la realidad. Era el reloj que daba las doce de la noche.

Eugenio se despidió de su amada con un beso en la frente.

—No vuelvas hasta el jueves, Eugenio —dijo Stella.

—¿Por qué no antes?

—Si de veras me amas, no vengas antes. Necesito esta semana entera para conquistar al señor Cammor, futuro suegro del doctor Eugenio del Río.

Un coche se deslizaba a través de las calles desiertas de la ciudad dormida, conducido por un hombre que estaba lleno de amor.

CAPITULO XV

Durante todo aquel invierno Stella Eunice visitaba diariamente el pobre y frío cuarto de Margot. Había llevado frazadas, ropas de lana, y una estufa. También vigilaba de cerca los alimentos de la niña, que a indicación del doctor del Río debían ser frescos y nutritivos. La palidez de Margot tenía un aspecto cadavérico, y pese a las instancias de Stella no quiso interrumpir su tarea de enseñar su clase dominical, que había aumentado notablemente, ni dejar sus tejidos, que realizaba con admirable maestría. El sillón de ruedas quedó en un rincón del cuarto, sin usar. De vez en vez la niña le dirigía una mirada de vagas esperanzas a la vez que de conmovedor desaliento. Luego dejaba escapar un suspiro entrecortado.

Hacía dos semanas que Margot había sido víctima de un terrible acceso de tos, que la dejó extenuada. Y ahora se repetía casi cada dos días, pero con menor violencia. Sus ojos hundidos, la mirada vacía y su rosto flácido delataban una extrema debilidad. El médico había recomendado reposo absoluto. Con gran esfuerzo pudo ser convencida, por fin, que no debía enseñar más su clase dominical. Rosetta ofreció su cuarto para reunir a los niños, y a pedido del Pastor se hizo cargo, como mejor pudo, de la enseñanza.

Margot, en cambio, pasaba largas horas sumida en la quietud y el silencio. Su rostro adquiría ahora una expresión

más luminosa, pese a su fatídica palidez. La sonrisa era lánguida, vaga. Yacía completamente inmóvil en la blanca cama, formando una especie de corona sobre la almohada con su negra cabellera suelta. Causaba verdadera impresión. Sólo el movimiento de sus descarnados dedos denotaba alguna señal de vida en ella.

En esa última semana de septiembre una ligera lluvia había mojado el patio, y algunos chorritos de agua caían de las canaletas del techo. Cuando las nubes hubieron pasado, el sol apareció con un brillo de singular nitidez. La claridad del día era inmaculadamente perfecta.

El agente Otello se había propuesto permanecer todo ese día al lado de Margot. Cuando entró se encontró con el médico que había sustituído hacía ya una semana, al doctor del Río, a pedido de éste. Estaba empeñado en explicar algo al anciano Waldorf, que lo miraba con rostro inexpresivo, sin tomar en cuenta lo que el médico le decía. Cuando éste vió entrar a Otello, se dirigió a él, y le dijo:

—El pobre viejo parece que no entiende palabra de lo que le digo. Venga, se lo diré a usted.

Otello escuchó con atención.

—La niña está agonizando. Puede sobrevivir algunas horas, pero serán pocas. Esto es todo.

Para Otello fué una noticia glacial, terrible, brutal. Se limitó a decir:

—Bien, doctor. Me quedaré a su lado.

El médico se despidió y salió.

Otello se acercó a la moribunda. Tenía abiertos sus dos grandes ojos. Le sonrió dulcemente. En su rostro se dibujó una expresión de inefable alegría. Después de contemplarla por unos instantes, le dijo:

—¡Margot!...

—Ya sé lo que me quiere decir.

Otello no pudo disimular su desaliento. La niña cerró los ojos. Otello se serenó y comenzó a observarla. Esperaba la reacción final, en el cruce definitivo del valle de las sombras. Su rostro se iluminaba cada vez más, dando la sensación de un apacible amanecer estival. Otello la llamó:

—¡Margot!...

—¿Qué quiere? —Su voz parecía llegar desde muy lejos.

—¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, entiendo.

—Tengo algo que preguntarte.

Ella abrió sus ojos y lo interrogó con la mirada.

—¿Experimentas el amor de Dios en estos momentos? ¿Estás consciente de que El está contigo?

—Sí, plenamente consciente. Estoy con Jesús en el Getsemaní, y con El digo: "Empero no se haga mi voluntad, sino la tuya".

Después de un momento de silencio, Margot se incorporó con la mayor naturalidad y miró fijamente a su abuelo. En su rostro se pintó profunda tristeza. Luego dijo:

—Dios proveerá. Y dicho esto se recostó lentamente para retomar su primera expresión de inefable dicha.

Un nuevo acceso de tos la convulsionó toda entera. Por unos momentos movió la cabeza hacia uno y otro lado, abriendo y cerrando sus encrispados puños como si quisiera asirse de algo. Volvió a incorporarse, extendió ambos brazos, y exclamó con voz clara y sonora:

—Las puertas de oro se abren, y el Príncipe del cielo viene a buscar a su novia. ¡He aquí su mano en la mía!

Y cerró los ojos para siempre. Otello la recostó tierna-

mente, acomodando con suaves toques su rendida cabecita. Sus mejillas presentaban ligeras pintitas rosadas. El silencio fué total. Y cuando Otello se volvió al anciano Waldorf, llamándolo por su nombre, éste no contestó. Lo tocó en el hombro, y lo encontró inmóvil, frío, muerto...

Dios lo había llevado.

1º de octubre. Río de Janeiro. En la terraza florida de un moderno hotel carioca. La visión es la amplia bahía Botafogo. La tarde es de oro. En lontananza, muchos veleros que parecen diminutos puntos blancos, se mueven sobre la superficie dorada del mar. Las gaviotas vuelan en todas direcciones, unas veces a ras del agua, hasta tocarla, como desafiando sus profundidades, y otras en las alturas, como desafiando al infinito. El aire es puro y perfumado, y las palmas mecen melancólicas sus verdes copos sobre un fondo mezclado de oro y azul.

Apoyada en el pasamanos cromado de la terraza, con los cabellos ligeramente desordenados por el aire tibio que sopla, y con un mechón negro que le cae graciosamente sobre la frente de marfil, una dama contempla embelesada el panorama magnífico que la naturaleza pone de relieve ante su vista. Está como abstraída. Después de deleitarse por largo rato en aquella visión maravillosa, vuelve su mirada y se encuentra con la de un amable y correcto caballero. Le sonríe con tiernísima intención, y le dice:

—Pronto volveremos de nuestra hermosa luna de miel, y aun no he resuelto en qué obra útil ocuparé mi tiempo y dinero. La inactividad que se cierne sobre mí me va a resultar un verdadero suplicio.

—No te preocupes, mi dulce amor. Ya encontrarás en qué ocuparte.

Un camarero negro, vestido de inmaculadas ropas blancas, con una boca enormemente abultada, se acercó a la joven pareja con una bandeja de plata que contenía un telegrama. Hizo una exagerada reverencia y la ofreció al caballero. Después que éste extrajo el papel plegado, el negro servidor hizo otra reverencia más exagerada aún, y desapareció con un aire de profunda satisfacción reflejado en sus oscuras facciones. El caballero abrió el telegrama, y leyó en voz alta:

"Ayer a medio día fallecieron juntos Margot y el anciano Waldorf." *Cariños de* CAMMOR.

El doctor del Río levantó la vista y miró el semblante de su amada esposa. Esta se cubrió el rostro con ambas manos y prorrumpió a llorar. El la atrajo suavemente y la apretó con cariño contra su pecho.

Era la hora de la cena. El vasto y lujoso comedor estaba repleto de turistas y comensales. Stella miró a su esposo por encima de la mesa prolijamente adornada. Sus ojos resplandecían.

—Eugenio —dijo de repente—. Ya sé en qué me voy a preocupar cuando regrese a Buenos Aires.

—¿Me confiarás el secreto?

—Sí. Fundaré un asilo para niños huérfanos e inválidos.

—Dios apruebe tu proyecto. En cuanto a mí, yo diré como solía orar Margot: "Sea hecha tu voluntad".

Y cuentan que una flamante pareja solía visitar a menudo y adornar con muchas y hermosas flores la tumba de Margot, la niña inválida.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la Imp. Metod., calle Fragata Pte. Sarmiento 1685, Buenos Aires, el día 1' de Marzo de 1943.

Imp. Metod., Fragata Sarmiento 1685, Buenos Aires